
HARLEQUIN
Bianca
Kate Walker
Tres días juntos

Tres días juntos

Amir era el orgulloso primogénito del jeque y, por tanto, heredero al trono de Kuimar. Estaba acostumbrado a conseguir todo lo que deseaba... Y lo que más deseaba era a Lydia. En tres días... y tres noches, hicieron realidad todas y cada una de sus fantasías; su pasión parecía no tener límites. Lydia sabía que al enamorarse de él había roto las reglas del juego. Pero ya era demasiado tarde...

1

—Disculpe. ¿Está este asiento libre?

Lydia ni siquiera tuvo que mirar para arriba para saber quién había hablado. Sólo una persona en toda la sala de espera podría tener esa pronunciación. El tipo de voz que envolvía los sentidos y que hacía vibrar por la sensualidad del acento.

Lo había visto en cuanto entró. Habría sido imposible no verlo. Era alto, moreno, de porte majestuoso y sobresalía entre todos los demás. Era el tipo de hombre que, sin tener que hacer nada, atraía la mirada de cualquier mujer con la fuerza de un imán.

Lydia no había podido ocultar el enorme interés que había suscitado en ella y estaba segura de que él había visto cómo lo miraba. Sin embargo, no había hecho nada para demostrar que le importaba: ni una ligera sonrisa, ni el más leve rastro de aprobación ni de desprecio. Ni el más mínimo gesto había perturbado su hermoso rostro moreno; pero ella sabía que no le había pasado desapercibida.

—He dicho...

—¡Ya he oído...!

Lo había dicho un poco enfadado, lo que hizo que ella levantara la cabeza de forma abrupta, apartándose de la cara unos suaves rizos castaños, y que le contestara de mala manera. Sus enormes ojos azules, ribeteados por unas pestañas largas y rizadas, se posaron en su cara y, por un instante, pensó que el corazón se le había parado.

¡Dios santo! ¡De cerca era aún más espectacular! Tenía la belleza de una piel dorada, la cara de una escultura griega y una boca carnosa y sensual. La nariz era larga y recta y el pelo de un negro imposible, tan corto que enfatizaba la perfección de sus asombrosas facciones.

Y si le había parecido alto en la distancia, al tenerlo de pie a su lado, con aquellos sorprendentes ojos fijos en ella, el impacto era demoledor.

—¡Ya he oído lo que ha dicho...!

Lydia bajó su tono, deseando poder borrar el interés de la cara.

—Pensé que no estaba ocupado.

Y no lo estaba. Llevaba allí sola unos tres cuartos de hora y él debía haberse dado cuenta. Después de todo, no le había quitado los

ojos de encima en todo aquel tiempo.

Ella había intentado ocultarse tras la revista que había comprado para la espera; aun así, cada vez que había levantado la cara, había sentido sus ojos clavados en ella.

—Me preguntaba si estaba esperando a alguien.

—No. Estoy aquí sola.

—¿Le importa si me siento con usted?

—¿Por qué?

Sabía que parecería desconfiada, como una gata que ve acercarse a su territorio a un extraño; pero no podía evitarlo. Así era como se sentía, recelosa e insegura de sí misma. Sobre todo, porque la opulenta sala de espera de la clase VIP la hacía sentirse como una intrusa. No se trataba del tipo de lugar que ella solía frecuentar; nunca se lo podría haber permitido de no haber sido por su nuevo empleo.

Él, por el contrario, parecía estar en el lugar que le correspondía. Aunque iba vestido como ella, con vaqueros y un jersey, estaba claro que su ropa no era de la misma calidad. No; la suya era de firma. A pesar de todo, había algo en él que parecía hablar de un espíritu salvaje. Era como si una parte básica de su carácter no pegara con aquel lugar ultramoderno.

Él se encogió de hombros ante la pregunta de ella e, inconscientemente, ella desvió la mirada hacia los hombros, notando su anchura y fortaleza.

—Para charlar un rato durante la espera.

Una pequeña sonrisa apareció en aquella devastadora boca y sus ojos negros como el ébano brillaron durante un segundo con un toque de humor.

—¿Le parece tan mala idea? —continuó él.

—No... no...

Lo que le faltaba. Se le estaba enredando la lengua y era incapaz de decir palabras coherentes. Ésa era una situación a la que no estaba acostumbrada. Normalmente, no tenía ningún problema para hablar con extraños. Al contrario, estaba acostumbrada a hacerlo. Entonces, ¿por qué le afectaba ese hombre de aquella manera?

—Van a llamar a mi vuelo en cualquier momento.

—Lo dudo —dijo mirando hacia una enorme ventana—. Cada vez nieva con más intensidad. No creo que ningún piloto con dos dedos de frente se atreva a despegar con un tiempo así. Tendrá suerte si su vuelo sólo se retrasa un par de horas.

—¿Qué quiere decir con «sólo» un par de horas?

—Que podrían cancelar el vuelo. En realidad, podrían cancelar

todos los vuelos y cerrar el aeropuerto: Será mejor que tenga en cuenta esa posibilidad —dijo él, viendo cómo se le cambiaba la cara —. Creo que el tiempo va a empeorar.

¿Y qué haría ella entonces? Si el aeropuerto cerraba no tendría ningún sitio a donde ir; ningún lugar al que volver. Se suponía que ese día era el comienzo de una nueva vida.

—¿Le gustaría tomar algo conmigo?

—No…

Se sentía incapaz de decir que sí, que se sentara con ella. Parecía que toda su educación se había evaporado.

—¿De qué tiene miedo? ¿Cree que voy a saltar sobre usted delante de los otros pasajeros? Quizá tenga miedo de que su arrebatadora belleza me vuelva loco y la tome aquí mismo, sin piedad.

—Desde luego, es usted ridículo.

Luchó por dominar el vuelco que le había dado el corazón al oír eso de la «arrebatadora belleza». Lo había dicho con tono irónico, pero algo en aquellos ojos le había dicho que aquellas palabras tenían más significado real de lo que parecía.

—No sea tonto —continuó ella—. Simplemente, no sé qué quiere; por qué quiere hablar con una total extraña.

El sonido que él hizo con la lengua mostraba impaciencia. El gesto no era nada inglés por lo que ella se preguntó de dónde sería. El acento no era ni francés ni italiano; era mucho más exótico. La arrogancia y el orgullo de su perfil y su porte le hizo pensar en los reyes de la antigüedad o en los guerreros tuareg del desierto; pero esos pensamientos extraños se alejaron de su mente cuando él volvió a hablar.

—No creo que sea ninguna idiota —declaró con cierta rudeza—. ¿Por qué se comporta como si lo fuera? Sabe muy bien lo que hay entre nosotros. Está ahí desde el primer momento en el que me fijé en usted y usted en mí.

—Desde luego que no.

No le gustaba la postura de inferioridad que tenía por estar sentada; se sentía muy vulnerable. Con precipitación, se puso de pie, pero en lugar de arreglar las cosas las empeoró.

Al estar cara a cara con él, era plenamente consciente de las diferencias entre ellos. Aunque medía casi un metro ochenta y siempre se había considerado demasiado alta, ese hombre tenía la rara habilidad de hacer que se sintiera pequeña.

La cabeza de él estaba bastante por encima de la de ella, lo que la obligaba a mirar hacia arriba. El ángulo la hizo fijarse en la

peligrosa sensualidad de su boca. Su preciosa boca y la suave piel color aceituna que la rodeaba. Inmediatamente, se preguntó qué se sentiría al tener aquella boca sobre la suya, al presionar sus labios contra la suavidad de los de él.

Estaba tan cerca de él que el aroma de su cuerpo embriagó sus sentidos.

—Desde luego que no —repitió, esta vez con menos firmeza—. ¿Qué se supone que hay entre nosotros? No sé de qué me está hablando.

Sus ojos negros brillaron con una mirada burlona.

—Sabe muy bien de lo que estoy hablando —le respondió con una voz suave y peligrosa—. Los dos sabemos lo que está sucediendo entre nosotros, aunque usted no quiera admitirlo.

De manera inesperada, levantó una mano y le acarició la mejilla, dejando tras los dedos una huella de fuego en su piel.

—Y el nombre es muy sencillo —murmuró.

Mantuvo la mirada de ella, dejándola muda, incapaz de moverse o de pestañear. Y lo que leyó en aquella mirada fija, brillante y fiera le dio la respuesta que tanto deseaba y temía.

«Sexo».

La palabra flotó en la mente de Lydia.

Puro. Primario. Poderoso. El tipo de respuesta instintiva que no se podía entender ni explicar. Una interacción humana de lo más básica. No se podía negar ni tampoco resistirse a ella.

Estaba claro que él también había sufrido el mismo impacto de reconocimiento carnal, la misma señal que decía «deseo a esta persona. La deseo tanto que moriría si no pudiera tenerla».

A Lydia se le secó la garganta y el corazón se le aceleró. Su manos comenzaron a sudarle.

—Yo...

Abrió la boca para negar tal acusación, pero la verdad ahogó la protesta.

—¿Sí? —la animó él con tal suavidad que esa palabra sencilla se convirtió en pura seducción.

Le resultaba obsceno estar sintiendo algo tan primitivo en un lugar tan público e impersonal. Sin embargo, estaba convencida de que estaban rodeados de un aura que los envolvía y los protegía de las miradas ajenas.

—¿Qué ibas a decir? —insistió él.

Ella sentía la boca tan seca que era incapaz de pronunciar palabra y sólo podía negar con la cabeza, confundida.

Su reacción fue brusca y sorprendente, haciéndola sentir pánico

durante un instante. Apartó la mano y murmuró algo en un idioma que ella no reconoció.

—¡Ya basta! —declaró con voz fría—. No tengo tiempo para esto...

Antes de que ella se diera cuenta, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—Yo...

Lydia luchó con la maraña de sentimientos que había anidado en su garganta y le impedía hablar.

—Yo... —volvió a decir, con poca voz—. Por favor... ¡Espere!

A ella le pareció que había dado un grito y que todos se iban a volver a mirarla; pero apenas había sido un susurro. Entonces, él, lentamente, se dio la vuelta.

—¿Qué ha dicho?

Lydia respiró hondo para controlarse y hablar sin que se le notara la ansiedad.

—He dicho que espere.

Él levantó una ceja e inclinó la cabeza como si estuviera considerando la situación.

—¿Ha cambiado de opinión?

—Sí.

Era mejor dejarle pensar eso. Que pensara que había cambiado de opinión en lugar de dejarle saber que lo había sentido todo el tiempo. Que no podía dejarle que saliera de su vida con la misma rapidez con la que había entrado.

—¿Ha cambiado de opinión y qué quiere?

—Que se quede para charlar...

Él seguía sin moverse.

—Y quizá para tomar algo... —añadió señalando hacia la ventana—. Está claro que ninguno de los dos va a ir a ninguna parte pronto. Las horas pasan muy lentas cuando se está esperando.

Él seguía sin darle una respuesta. ¿Qué estaba esperando ese hombre? ¿Que le suplicara? Pues no pensaba hacerlo. Aunque si se diera de nuevo la vuelta...

Él esperó un minuto más. Lo justo para ponerle los nervios de punta. Después, con rapidez, recorrió la corta distancia que los separaba.

Lydia pensó que se parecía a una sigilosa pantera y tuvo que hacer un esfuerzo para apartar de su mente visiones en las que ese hombre era el verdadero depredador y ella, su presa.

De manera inesperada, le dedicó una sonrisa encantadora que habría derretido un bloque de hielo y que acababa de romper en

mil pedazos la delicada barrera que ella había comenzado a construir.

—Me alegro de que haya cambiado de opinión —dijo con tanta calidez que ella se preguntó si estaba hablando con el mismo hombre de hacía escasos segundos—. Odio esperar. No tengo paciencia.

—Yo tampoco —admitió Lydia—. De hecho, ya estaba aburridísima.

Después de tantos meses sintiéndose sola y rechazada, la mirada de apreciación que brillaba en los ojos de aquel hombre era como un bálsamo para su dolido orgullo.

—Pero ya no importa lo que tengamos que esperar porque ya no nos daremos cuenta del tiempo.

—No…

No pudo decir nada más porque le estaba volviendo a suceder lo mismo. La sensualidad de las palabras de él la había vuelto a dejar con la garganta tan seca que tuvo que deslizar la lengua por los labios para despegarlos. Al ver su intensa mirada negra seguir el movimiento, sintió como si en realidad la hubiera tocado y tembló en secreto.

La necesidad de que la tocara de verdad le hizo flaquear las piernas y tuvo que sentarse.

—¿No quiere sentarse? —logró decir.

Cuando él se sentó a su lado, la invadió un nuevo sentimiento. Una sensación incómoda, como si algo húmedo y resbaloso le hubiera recorrido la espina dorsal.

De repente, supo que su vida no volvería a ser la misma. Que su futuro estaba unido a ese hombre y que no habría manera de liberarse de él.

—Entonces, ¿de qué hablamos?

Lydia tuvo que hacer un esfuerzo para alejar los pensamientos abrumadores que no dejaban de llegarle a la cabeza. Ya era hora de que empezara a controlar la situación. ¡Mira que verlo como el amo de su destino! Ese hombre sólo era un nuevo conocido. De acuerdo, sorprendente, fascinante, guapo para morirse, lo reconocía, pero sólo un hombre, al fin y al cabo.

Entonces, sus miradas se volvieron a cruzar. Desde luego, «sólo un hombre» no era la descripción más adecuada.

—¿Por dónde empezamos?

—Por nuestros nombres.

—Es verdad; ni siquiera nos hemos presentado. Me llamo Lydia Ashton —logró decir con naturalidad—. ¿Y usted es...? —añadió tendiéndole la mano.

—Soy Amir Zaman y puedes tutearme —dijo él con una sonrisa.

—Amir...

Ahora todo parecía un poco más normal.

Pero entonces, él le tomó la mano y ella sintió que todo el control volvía a desaparecer en cuestión de segundos.

Su mano era cálida y firme, y su apretón, fuerte y controlado. Pero fue el contacto sensual de su piel lo que provocó que una descarga eléctrica le recorriera todo el cuerpo.

—Amir... —volvió a decir ella, intentando ocultar lo que estaba sintiendo—. Es un nombre poco corriente y, desde luego, no es inglés.

—Es árabe —dijo con un tono sorprendente—. Significa príncipe.

Desde luego, le iba a la perfección. Pegaba con su orgullo, con sus facciones y con su pose arrogante. Podía imaginarlo con la ropa de los guerreros tuaregs al viento. Estaría magnífico e impresionante.

—Al menos, significa algo. Una vez busqué Lydia en un diccionario de nombres. Parece que es el nombre de la mujer de Lydia, una ciudad o región de Grecia.

Él todavía le tenía la mano sujeta y a ella no se le ocurría cómo podía soltarse sin resultar desagradable. Así que, la dejó donde estaba, que en realidad era lo que más le apetecía.

—Árabe —repitió ella, intentando que la conversación continuara—. ¿Vas hacia algún país árabe?

—Se supone que hoy tenía que volar hacia el Golfo Pérsico.

—¿Tienes amigos allí?

—Familia.

Algo había cambiado. Sin saber cómo, ella se había metido en un tema del que él no quería hablar. Inocentemente, había intentado atravesar unas barreras que no sabía que existían. Notó una nueva dureza en sus ojos brillantes que la hizo sentirse mal. De repente, se sintió incómoda con la mano entre las de él por lo que, con un suave gesto, la apartó.

—Me gustaría tomar algo —logró decir con dificultad.

—Claro —en un instante, la mirada distante había desaparecido y de nuevo se mostraba cortés.

Sólo le bastó una mirada para conseguir que un camarero fuera a atenderlos.

—¿Qué desean?

—¿Lydia? ¿Qué te apetece? ¿Café? ¿Vino?

—Café —respondió ella rápidamente. No quería tomar ninguna bebida alcohólica; ya se sentía bastante alterada.

—Café para dos, por favor.

—Sí, señor.

A Lydia no le habría sorprendido que el camarero se inclinara ante él. El tono de su voz había sido cortés, pero, al mismo tiempo, había exigido obediencia total. Obviamente, Amir Zaman era una persona acostumbrada a dar órdenes y a que éstas se cumplieran.

—¿Lydia...?

—Per... perdón. ¿Qué estabas diciendo?

¿Le habría notado que estaba pensando en él? Por supuesto que sí. Seguro que lo sabía con toda certeza y le gustaba porque eso era lo que quería.

—¿Te estaba preguntado hacía dónde te dirigías?

—Iba a los Estados Unidos. A California.

Y los Estados Unidos estaban en sentido contrario a la dirección que él llevaba. El destino los había unido, pero sólo por un breve instante. Y, antes de que pasara mucho tiempo, el destino los volvería a separar más que nunca.

Amir se sorprendió de que esa noticia le afectara tanto. Era como si una mula le hubiera dado una coz en el estómago.

¿Por qué? ¿Porque esa mujer iba en dirección contraria a la suya? ¿Porque ella iba a California cuando él iba a Kuimar?

—¿Qué hay en California? ¿Un hombre?

—No; un trabajo. Un puesto que llevo años buscando. ¿Has oído hablar del grupo de hoteles Halgrave Group?

—Sí.

Por supuesto que lo conocía, pensó Lydia. Alguien con el dinero que él parecía tener conocería una de las cadenas hoteleras más exclusivas del mundo.

—Bueno, pues ellos me ofrecieron este trabajo. Yo trabajaba en un hotel en Leister y, sorprendentemente, oyeron hablar de mí. Me llamaron y me dijeron que si quería hacer una entrevista con ellos. Después, me ofrecieron el puesto.

—¿En California?

—Para empezar. Tengo que hacer un curso de seis semanas sobre la empresa. Después, me pueden mandar a cualquier parte del mundo.

Y la oferta de trabajo no podía haber llegado en mejor momento. La relación con Jonathan estaba haciendo aguas y su sueño de casarse con él, totalmente destrozado.

Y no habría sido humana si no hubiera deseado que Jon se enterara de su suerte. Siempre la había acusado de ser demasiado conservadora, demasiado prudente:

«Eres tan cuidadosa con todo que resulta tremendamente aburrido, Lydia», se había quejado él. «Nadie pensaría que tienes veinticinco años. Eres tan anticuada...».

Y, obviamente, Jon no había deseado casarse con una anticuada, pensó con amargura.

El regreso del camarero con los cafés le concedió un minuto de distracción para recobrar la compostura y regresar al presente.

—¿Cómo te gusta el café? —le preguntó Amir, tomando el control hasta de la cosa más insignificante.

—Con mucha leche y sin azúcar.

Él tomaba el café totalmente al contrario: negro y con mucho azúcar. Pero lo que más le asombró fueron los movimientos elegantes y eficientes de sus manos.

Amir era totalmente distinto a Jon, pensó sin poder evitarlo. Jon tenía una complexión típica inglesa además de ser rubio con ojos azules. Siempre habría dicho que ése era el tipo de hombres que le gustaba. Hasta que conoció a Amir y descubrió el poderoso efecto que tenía sobre ella.

—Entonces, no dejas a ninguna persona... —continuó Amir cuando el camarero se marchó—. ¿No echarás de menos a nadie?

—No; ni siquiera a mis padres. Llevan unos cuantos años viviendo en Portugal y, como soy hija única, no hay nadie que me

retenga aquí.

—¿Y si yo te pidiera que te quedaras?

—¿Qué?

Casi se atraganta con el café.

Lydia lo miró a los ojos buscando cualquier traza irónica que le dijera que estaba bromeando.

—¿Qué… qué has dicho?

Su mirada negra no se alteró sino que se mantuvo fija en la de ella con una fuerza que hizo que la boca se le secara y que el corazón le latiera a toda velocidad.

—Sabes muy bien lo que he dicho —le dijo con suavidad, inclinándose hacia delante para susurrarle al oído—. Me gustaría que no tomaras ese avión a California; que no te fueras a los Estados Unidos, a ese magnífico trabajo.

Ella echó la cabeza para atrás, con los ojos muy abiertos, totalmente sorprendida.

Él le dedicó una sonrisa y le agarró la barbilla.

—En lugar de eso, me gustaría que te quedaras aquí conmigo y que exploráramos lo que acabamos de descubrir. Ver adónde nos lleva.

Lydia se había quedado totalmente muda. Sus pensamientos eran un verdadero caos. Lo único que podía ver con claridad era al hombre que tenía delante. Aquella mandíbula dura y el brillo profundo de sus ojos negros hipnotizándola.

Como estaba mirándolo con tanta fijeza, se dio cuenta de que algo cruzaba su mente. Lo vio y supo su significado, pero su mente estaba demasiado aturdida para reaccionar o rechazarlo. Además, sabía que no quería reaccionar.

Así que se quedó donde estaba. Permaneció completamente quieta y observó la cabeza negra aproximarse. Vio la devastadora boca suavizarse y acercarse a la suya.

Y entonces se dio cuenta de que la suavidad había sido engañosa. Que su beso no era la caricia delicada que había previsto. En lugar de eso, fue firme y fuerte. En el mismo momento en el que sintió que su alma se separaba de su cuerpo, se despertaron en ella sentimientos que la quemaron con una promesa.

En ningún momento la tocó, a parte de con los labios. No necesitaba sujetarla y lo sabía. Lydia también lo sabía. Sabían que era la fuerza de sus propios sentimientos lo que la mantenía atada al asiento, incapaz de moverse.

—Ayúdame, Lydia —murmuró él en sus labios—. Dime qué puedo hacer para que te quedes. Para mantenerte a mi lado un poco

más.

—Yo...

¿Estaría escuchando bien? ¿Estaría ese hombre sorprendente diciéndole a ella que quería que se quedara con él? ¿Y era posible que ella estuviera considerando la posibilidad de decirle que sí? Lo único que sabía de él era su nombre. Ni siquiera sabía si podía confiar en él.

Estaba tan sorprendida que sólo podía negar con la cabeza.

—¿No? Al menos, déjame persuadirte...

Esa vez su beso fue pura tentación. Con amabilidad, hizo que abriera los labios e introdujo su lengua entre ellos, haciéndola suspirar. Entonces, él enredó los dedos en sus rizos y la sujetó para poder profundizar y prolongar la caricia.

Lydia sintió que una oleada de calor inundaba todo su ser y le nublaba la razón. Se encontró perdida, ahogándose en tumultuosas sensaciones, con una necesidad imperiosa creciendo en su interior, centrándose en el punto medio entre sus caderas.

—Amir...

—¡Señoras y caballeros...!

Un nuevo sonido penetró la necesidad delirante que nublaba su mente. La voz de un hombre, fuerte y real, irrumpió en sus sueños, devolviéndola a la realidad.

—Señoras y caballeros. Sentimos informarlos...

Lydia se perdió el resto de las palabras, sólo podía mirar a Amir, con los ojos entrecerrados para lograr concentrarse.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué quiere decir que se han cancelado todos los servicios?

—Te lo dije —dijo él con sequedad—. El tiempo ha ido empeorando durante todo el día. La ventisca está encima de nosotros y los aviones no pueden salir ni aterrizar esta noche. No saldrá ningún vuelo hasta mañana por la mañana.

—¡Ningún vuelo! —repitió Lydia, con el horror reflejado en su rostro—. ¿Cómo es posible? ¿Te...?

Durante un segundo llegó a pensar que él lo había arreglado todo.

Amir se rió.

—Querida Lydia, ¿de verdad piensas que yo puedo hacer eso? Para organizar una cosa así tendría que haber hecho un pacto con el Todopoderoso... o quizá con el Diablo.

Eso último sí que podía creérselo, admitió Lydia para sí misma. El gesto malicioso de su boca y la mirada de triunfo de sus ojos eran realmente diabólicos. Quizá no lo hubiera preparado todo, pero

estaba claro que pensaba beneficiarse de la situación.

—Pero no importa quién hiciera todo esto; ahora tendrás que quedarte.

—¡Pero, no puedo quedarme aquí! ¿Adónde puedo ir? ¿Dónde voy a dormir?

¡Dios santo! Acababa de dejar el hotel aquella misma mañana pensando que partía hacia una nueva vida.

—No te preocupes —la calmó Amir—. Puedes...

De repente, se interrumpió él mismo. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿En serio había pensado ofrecerle su casa? ¿Es que estaba loco?

Eso parecía. Ésa era la única respuesta que encontraba a su comportamiento desde la primera vez que la vio hacía un par de horas.

«... me gustaría que te quedaras aquí conmigo y que exploráramos lo que acabamos de descubrir. Ver adónde nos lleva...». ¿Había dicho él eso? ¿Qué le estaba pasando?

Le gustaba aquella mujer; eso no podía negarlo. Realmente, le subía la temperatura. ¡Y de qué manera! Pero era un idiota si se dejaba llevar por las hormonas; podía cometer el error más grande de su vida.

Pero Lydia le afectaba a sus instintos más básicos. Sólo tenía que mirarla para soñar con aquellos suaves labios junto a los de él, las finas curvas de su cuerpo pegadas al suyo, la seda de su pelo entre sus dedos... Sólo pensar en eso le producía un dolor tan intenso que quería gemir.

¿Pero cuánto estaba dispuesto a pagar por una noche de pasión? ¿Merecería esa mujer el sacrificio de todo por lo que había peleado durante tanto tiempo? ¿Podría abandonar las metas por las que había luchado durante veinte años, exactamente desde que tenía once años y su madre le dijo la verdad sobre su padre y su herencia?

«¡No!».

Con una brusquedad que Lydia sintió en el corazón, la soltó y se puso de pie.

—Puedes quedarte en un hotel. La compañía aérea lo habrá organizado todo. Si vienes conmigo...

Antes de que pudiera recoger su equipaje de mano, él ya se había dado la vuelta, alejándose.

Lydia estaba sorprendida y confusa. ¿Qué habría hecho para que cambiara tan de repente? Estaba segura de que hacía unos instantes iba a ofrecerle un lugar para quedarse.

Y ella había estado a punto de aceptar.

Pero debía haber estado soñando. Ni siquiera sabía si él vivía en Londres.

«Acéptalo, Lydia», se dijo a sí misma. «No lo conoces tan bien como para hacer todo lo que él diga».

—Todo está solucionado —dijo él, abriéndose camino entre la multitud con elegancia.

—Están llamando a los hoteles del aeropuerto. Sólo tienes que esperar y te dirán en cuál te quedas.

—¡Fantástico! —dijo intentando parecer entusiasmada.

Debería sentirse aliviada, pero ése no era el sentimiento que mejor describía su estado. En realidad se sentía tan desinflada como un globo pinchado.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Volveré a mi casa. Aunque haya mucha nieve no creo que esté cortada la autopista —le informó, con un teléfono móvil en la mano —. Acabo de llamar a mi chófer, vendrá a buscarme en unos instantes.

¿Sería capaz de dejarla así? ¿Después de haberle dicho que le gustaría que se quedara con él? ¿Ni siquiera iba a esperar hasta que ella se marchara al hotel?

—Entonces, esto es una despedida —dijo ella, taciturna.

—Me imagino que sí.

Sólo un par de minutos más, se dijo Amir, y ella se marcharía. En dirección al hotel, fuera de su vida. Él podía olvidarla. Quizá, cuando se despertara al día siguiente, se alegraría de no haber sucumbido a la tentación carnal.

Sólo sesenta segundos más y ella se marcharía. Pero en lugar de sentirse agradecido, sólo podía pensar en lo preciosa que estaba. El jersey de lana que llevaba se le ajustaba en los lugares adecuados y los vaqueros apretaban sus sensuales caderas de manera muy provocativa. Todavía tenía el sabor de aquellos jugosos labios en la boca. Para ser sincero consigo mismo, lo único que le apetecía era…

«¡No!», se dijo furioso intentando recobrar el control. De reojo, vio la sombra del Jaguar en la puerta; Nabil no había perdido el tiempo.

—Ha sido un placer.

—Igualmente —dijo ella, utilizando el mismo tono.

Para su consternación, tenía los ojos llenos de lágrimas; pero no pensaba derramar ninguna. Él ya la había dejado, por lo menos mentalmente. Así que no tenía ningún sentido prolongar aquello durante más tiempo.

—Entonces, adiós.

—Adiós, Lydia.

¿Por qué no se marchaba ya? En el otro lado de la habitación alguien estaba informando sobre las habitaciones, leyendo en voz alta los nombres de los pasajeros.

Amir tuvo la tentación de escuchar el hotel de ella, pero se resistió. Lydia Ashton era una complicación que debía evitar. No había espacio para ella, ni para ninguna otra mujer, en su vida. ¡Maldita fuera! Era como si estuviera casado, al menos, a los ojos de su padre.

Por desgracia, su cuerpo se negaba a obedecer a su mente. Sólo estar cerca de esa mujer era suficiente para que el corazón se le acelerara y que la sangre le bullera en las venas. Cada segundo que ella permanecía a su lado minaba su resistencia, reduciendo su deseo de luchar.

—Adiós...

Lydia se dio la media vuelta. Por fin, se marchaba.

Justo cuando pensaba que ya era libre, justo cuando había bajado la guardia, ella se volvió. Él vio lo que estaba a punto de suceder, pero fue incapaz de prevenirlo.

Ella posó sus labios en la mejilla de él, dulces, cálidos y delicados. Las suaves curvas de su figura presionaron su cuerpo, sus senos contra su pecho. Un delicado perfume floral lo envolvió en una nube y la cabeza comenzó a darle vueltas.

—Lydia... —intentó protestar, pero la voz le falló. Entonces, giró la cara y sus labios tocaron los de ella y supo que estaba perdido.

Con un gemido, se olvidó de la batalla que había tenido lugar en su interior y la atrapó en sus brazos, presionándola con fuerza contra su cuerpo.

—No te marches —murmuró con la voz ronca—. Quédate conmigo esta noche.

Nunca debería haberlo besado.

Lydia reconoció su error en el segundo en el que se acercó a él; pero había sido incapaz de evitarlo, incapaz de resistirse al impulso. Sólo pretendía darle un beso en la mejilla, una caricia breve, y marcharse; pero no salió así.

En cuanto sintió la tibieza de su piel, supo que estaba perdida. El calor invadió su cuerpo, derritiéndole el cerebro, dejándola incapaz de pensar. Tenía los pechos aplastados contra su tórax, sus caderas, contra las de él de manera que pudo sentir la fuerza dura de su deseo antes de oírlo en su voz.

—No te vayas, Lydia... —repitió él, pero los dos sabían que ella

no iba a ir a ninguna parte sin él.

No iba a quedarse en un hotel; no, sin él.

—Quédate conmigo esta noche —murmuró Amir contra sus labios y con un gemido profundo y lastimero ella se rindió.

—Sí —murmuró, con la voz tan ronca por el deseo como la de él —. Sí, sí, sí. Por supuesto que me quedo contigo.

3

—¡Vaya!

Lydia ni siquiera intentó ocultar su sorpresa mientras giraba sobre sí misma, observándolo todo sin reservas.

—¡Esto es sorprendente! ¿De verdad es tuyo?

Cuando Amir había hablado de su casa, Lydia sabía que no se refería a un lugar pequeño y viejo como el que ella había dejado en Leister. Además, al ver el coche con chófer que lo esperaba en el aeropuerto se había convencido de que tenía mucho dinero. Pero nunca se había imaginado nada parecido a lo que estaba viendo.

El enorme ático se habría tragado su piso unas veinte veces o más. Los techos altos y las enormes ventanas le daban un aspecto de apertura y amplitud, sensación reforzada por las vistas del Londres nocturno que brillaba a sus pies. Un mobiliario rico, cortinas de brocados de seda y magníficas alfombras persas hacían que la habitación pareciera cálida y acogedora a pesar del frío exterior. Para aumentar la agradable sensación de calidez, había una amplia chimenea encendida.

—En realidad, es de mi padre. Su gusto es más ostentoso que el mío —respondió él, señalando con la mano las enormes lámparas de araña que colgaban del techo y el mármol de la chimenea—; pero tengo que utilizarlo cuando estoy en Londres.

—¿Y quién es tu padre? —preguntó Lydia intrigada.

El cambio repentino en su cara la advirtió de que había traspasado una barrera invisible por lo que no insistió.

Detrás de ellos, el chófer carraspeó para recordarles que seguía de pie junto a la puerta con el equipaje de Lydia.

—¡Oh, gracias! —dijo Lydia de manera impulsiva, dirigiéndose hacia él para agarrar sus cosas; pero la mirada del hombre seguía fija en Amir.

—¿Es eso todo, Alteza? —preguntó el chófer.

—Eso es todo. Si el tiempo mejora, necesitaré que lleves a la señorita Ashton al aeropuerto mañana; pero ya te lo haré saber. De momento, puedes tomarte la noche libre.

Lydia observó incrédula que el hombre hacía una reverencia antes de alejarse. Entonces, se acordó de algo.

—Espere un momento, por favor… —le dijo al hombre, buscando el monedero en el bolso. Pero antes de abrirlo, la mano de

Amir apretó las suyas con firmeza.

—Ya puedes marcharte, Nabil.

Otra inclinación y el hombre desapareció. Cuando la puerta se cerró, Lydia se volvió hacia él molesta.

—Quería darle una propina...

Pero la protesta se ahogó en su labios al ver el ceño fruncido de Amir. Obviamente, desaprobaba esa conducta.

—No es apropiado —le dijo, por fin.

—¿No es apropiado? ¿Por qué...? ¡Alteza! —recordó, de repente —. ¡Te ha llamado Alteza! —sonaba aún más increíble al repetirlo con su propia voz—. ¿Quién eres? ¿Quién es tu padre?

Amir se dirigió al lado opuesto de la habitación donde había una botella de vino con dos copas. Ignorando sus preguntas, sirvió un poco en una copa y lo probó.

—¿Te apetece tomar algo?

—Lo que me apetece es una respuesta, preferiblemente, varias.

El gesto fruncido de él le indicó que el tono de su voz había sido demasiado alto. Pero no había podido evitarlo; ésa era la única manera de escucharse por encima del rabioso latido de su corazón.

—Quiero una explicación. Para empezar, ¿quién es tu padre?

Él le respondió encogiéndose de hombros.

—La identidad de mi padre no es relevante para esta situación.

—La identidad de tu padre es perfectamente relevante —dijo ella sin aliento—. Porque, «Alteza», si no me das una explicación me marcho de aquí ahora mismo.

Él sonrió lentamente, con sorna.

—¿Y adónde piensas ir?

La verdad era que no tenía ni idea. Ni siquiera sabía en qué parte de Londres estaba. Pero no pensaba dejarle ver que eso la preocupaba.

—Ni lo sé ni me importa. Pero sí sé una cosa, no pienso quedarme aquí. No, a menos que me digas la verdad.

Amir dio un sorbo al vino, saboreándolo.

—¿La verdad? Es muy simple. Sólo importamos tú y yo. Una mujer y un hombre que se encuentran tan atractivos que quieren estar juntos. ¿Estás segura de que no quieres tomarte este vino? Es excelente.

Lydia miró a la copa que le estaba ofreciendo.

—¿No intentarás emborracharme?

Ella imaginó que volvería a mirarla con desaprobación, por eso la carcajada le sorprendió.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así? ¿Para aprovecharme de

ti? En primer lugar, no me gusta estar con personas comatosas, además, has venido aquí por tu voluntad, me imagino que no tendría que recurrir a esos métodos para seducirte.

—Quizá tengas otras cosas en mente.

—¿Por ejemplo? —la miró fijamente y su sonrisa se acentuó—. Por favor... la trata de blancas, no. Lydia, cariño, no debes permitir que tu imaginación se desborde. Te aseguro que sólo pienso en tu comodidad. Has tenido un día muy duro, esperando por un avión que nunca llegó. Te he traído aquí para que puedas descansar.

—Seguro... —dijo ella irónica.

—Debes tener hambre —continuó él, imperturbable—. Mi ama de llaves estará preparándonos algo de comer.

Al darse cuenta de que no estaban solos, Lydia se tranquilizó un poco.

—Eso está mejor —dijo él al ver que se relajaba.

Con un gesto impaciente, Lydia agarró la copa y le dio un trago, pensando que quizá la bebida la ayudara a relajarse.

—Está delicioso —dijo al probar el vino—. Pero no pienses que voy a dejar que te salgas con la tuya. Todavía quiero que respondas a mis preguntas.

El suspiro de Amir fue una mezcla perfecta de impaciencia y resignación.

—Me imagino que no me dejarás en paz hasta que te responda —dijo mientras se dirigía con elegancia hacia uno de los sillones—. Adelante, pregunta lo que quieras; pero, primero, ponte cómoda.

—De acuerdo —concedió ella y se dirigió al sillón enfrente del de él, delante del fuego.

El vino estaba realmente exquisito, admitió para sí. Nunca había probado nada igual.

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—Puedes empezar por explicarme quién es tu padre. Nunca había conocido a nadie a quien lo llamaran «alteza».

El suspiro de Amir sonó de mejor humor.

—Ya que insistes, te diré que mi padre es el Jeque Khalid bin Hamad Al Zaman, Rey de Kuimar.

Por primera vez, pensó él, había conseguido acallarla. Parecía totalmente sorprendida por la noticia; pero no era de extrañar: él mismo había respondido de igual manera cuando se enteró de la verdad. Aunque, como sólo tenía once años, había expresado su incredulidad de manera más expresiva.

—Estás bromeando.

—No. Te lo digo en serio.

—¿De verdad eres el hijo de un jeque?
—Sí.
—¡Oh!
A Lydia no se le ocurría qué decir. Se estaba acordando de cómo lo había imaginado vestido de guerrero del desierto.
—Entonces, ¿debo llamarte alteza yo también?
—¡Lydia! —le reprochó Amir—. Eso no es lo que quiero de ti.
—¿Qué es lo que quieres, entonces?
La mirada que le dedicó estaba cargada de connotaciones sexuales, retándola tras unas pestañas negras, largas y rizadas.
—¿Hace falta que lo preguntes? Pensé que era obvio. Pensé que los dos sabíamos lo que queríamos.
Lydia se revolvió incómoda ante aquella mirada persistente que parecía querer desnudarla.
—Eso pensé yo al principio.
—Entonces, ¿qué ha cambiado?
Amir volvió a dar un trago a su copa, sin apartar la mirada de la cara colorada de ella.
—No hace falta que te lo diga —protestó ella con furia—. Tú has cambiado. Tu padre es un jeque y, corrígeme si me equivoco, pero eso significa que tú también lo eres.
La manera en la que la boca de Amir se torció le dijo que lo había disgustado. Durante unos segundos, pensó que no le iba a responder, pero luego, de manera drástica, asintió con la cabeza.
—Mi nombre completo es Amir bin Khalid Al Zaman. Jeque Amir bin Khalid Al Zaman —repitió con una entonación impenetrable. Mi padre me nombró príncipe heredero cuando cumplí los treinta años.
—¡Ves! —exclamó Lydia—. Eso lo cambia todo. Eres parte de la realeza y yo soy una chica normal que...
Dejó de hablar con brusquedad cuando Amir dejó su copa sobre la mesa con un estruendo a la vez que soltaba un juramento. Inmediatamente después, se puso de pie, salvando la distancia que los separaba de dos zancadas.
—¡Eso no importa! —declaró con la voz dura—. ¿Es que no te das cuenta? ¡No tiene nada que ver con nosotros!
Antes de que Lydia se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, Amir la había sujetado por los brazos y la había levantado del sillón con tanta fuerza que cayó sobre él.
—Nada que ver...
Le resultaba difícil hablar o pensar con claridad. La fuerza de sus brazos era lo único en lo que podía pensar. El calor de su cuerpo

parecía envolverla en un halo de sensualidad y el aroma de su piel intoxicaba sus sentidos.

—Pero sí importa.

—Lydia, escúchame —dijo Amir zarandeándola un poco—. Cuando estoy contigo, sólo tú y yo existimos. Nada más tiene importancia. Cuando estoy contigo sólo soy un hombre... y tú una mujer. Amir y Lydia. El dinero, la posición... todo eso es totalmente irrelevante. Yo no pienso de manera diferente por ser el hijo de un jeque. Ni actúo de manera diferente. Sólo soy otro hombre. Y cuando hago esto...

Inclinó su orgullosa cabeza y le dio un beso largo y cálido que hizo que la cabeza le diera vueltas y que la sangre le hirviera en las venas, derritiendo su renuencia.

—Soy un hombre que besa a una mujer... mi mujer. La mujer a la que deseo con tanta fuerza que hasta me duele. La mujer que me ha robado el alma, la mente. Soy incapaz de pensar en otra cosa que no seas tú.

La apretó con más fuerza aún y ella pudo sentir con firmeza la evidencia de su deseo. Amir ya no era el hombre civilizado y controlado que había conocido hacía unas horas, ahora era el guerrero tuareg con el calor del desierto en las venas y el brillo del sol en la mirada.

—No debería estar aquí. No deberíamos estar aquí. Yo... —comenzó a decir Amir cuando un golpe en la puerta lo interrumpió.

Amir se quedó de piedra, después murmuró algo y miró fijamente a la cara de Lydia. Aparentemente lo que vio le satisfizo porque asintió con la cabeza y miró hacia la puerta.

—Adelante.

Era una orden, autoritaria, que le dejaba ver a Lydia al otro Amir, al jeque Amir Al Zaman.

La mujer de mediana edad se quedó en la puerta, con la mirada clavada en el suelo. Amir le preguntó algo en un idioma que Lydia no entendió y ella respondió en el mismo idioma. Después, Amir asintió y la mujer desapareció, claramente agradecida por poder marcharse.

—No tenías por qué hablarle así —protestó Lydia, indignada.

—¿Así, cómo? —preguntó Amir.

—Dándole órdenes de esa manera. Era obvio que estaba deseando marcharse de aquí.

—Así que hablas árabe... y el dialecto de Kuimar... —su tono burlón consiguió enfurecerla aún más—. Jamila ha venido para decirnos que la comida ya está lista. Naturalmente, le avergonzaba

entrometerse en lo que suponía sería un momento privado. Le aseguré que no se preocupara si mi amiga no entendía nuestras convenciones. En Kuimar, ninguna mujer respetable iría a casa de un hombre por la noche.

—¡Ninguna mujer respetable!

¿Es que no se daba cuenta cómo sonaba eso?

—Ahora no estamos en Kuimar.

—Evidentemente.

—Eso es lo que yo le dije a Jamila antes de darle el resto de la noche libre. ¿Tienes hambre?

Lydia encontró la pregunta difícil de responder y no sólo por la velocidad con la que había saltado de un tema a otro. La presencia del ama de llaves había sido un alivio; pero ahora que también se había marchado, se volvía a sentir incómoda. Después de todo, estaría sola con Amir, como ninguna «mujer respetable» debería estar.

¿Qué diría si le dijera que había cambiado de opinión? ¿Que, después de todo, no podía quedarse, que prefería ir a un hotel?

Pero como él acababa de decir, no estaban en Kuimar. Y la verdad era que tampoco quería irse de allí. Quería mandar todas las precauciones al diablo, quedarse allí, ignorando toda advertencia interior.

Si Jonathan pudiera verla, nunca la reconocería.

—¿Que si tengo hambre? Estoy hambrienta.

Para su consternación, Amir frunció el ceño, apretó la boca y con un dedo le acarició la mejilla.

—Ésa no es la respuesta más apropiada, querida Lydia.

Sólo pensar cuál sería la respuesta adecuada le erizaba la piel.

—Quizá no sea la más apropiada, pero es lo que siento.

La pausa de Amir hizo que su corazón latiera más rápido.

—Ésa no era la respuesta que esperaba, pero tienes suerte de que esté de buen humor. ¿Vamos al comedor?

Amir le tendió una mano y Lydia no tuvo más remedio que agarrársela.

Si ése era el Amir de buen humor, no quería ni pensar cómo sería con una actitud menos tolerante. Sólo pensar en ello la puso tan nerviosa que tuvo que rezar para que los dedos no le temblaran, revelando así sus sentimientos.

—¿Ya has terminado? —preguntó él irónico.

—Sí, no tengo más hambre.

La verdad era que desde el momento en el que se sentó en la mesa se le habían pasado las ganas de comer. O, para ser más precisos, desde el momento en que Amir se sentó frente a ella, apoyó los codos sobre la mesa y se puso a mirarla fijamente.

Él no se sirvió nada. Cuando ella le preguntó si no tenía hambre, le contestó que no de comida. Entendió perfectamente a qué se refería, además, ese apetito también estaba allí, en su mirada.

Lydia se había servido un poco de cada bandeja, pero, después, apenas pudo probar bocado. Intentó parecer entusiasmada con la comida y luchó por tragar algunos pedazos; pero al final, apartó su plato y desistió de seguir intentándolo.

—Apenas has comido.

—No tenía tanta hambre como pensaba.

Él debía saber el efecto que tenía sobre ella. Debía darse cuenta de que su mirada insistente hacía que su corazón latiera a toda velocidad y que el estómago se le encogiera.

—¿Ni siquiera vas a tomar fruta?

Lydia parecía un cervatillo asustado, pensó Amir para sí. Aunque no era exactamente miedo lo que reflejaba su mirada, sino más bien incertidumbre. Si hiciera un solo movimiento en falso, ella se levantaría y se marcharía. Pero él no iba a cometer ese error. No iba a apresurar las cosas. En el aeropuerto había pensado que sólo tenía unos minutos para ganársela, para dejar una marca en su subconsciente; pero ahora tenía toda la noche.

Podía esperar.

Sabía que merecía la pena esperar.

—Prueba esto —dijo acercándole un melocotón.

El contraste entre la fortaleza de su mano y la suavidad aterciopelada de la fruta era arrebatador. Lydia no podía apartar los ojos de los dedos largos que se curvaban sobre la fruta madura.

Así sería como la tocaría a ella, pensó con un escalofrío. Podía imaginarse cómo sería la caricia, las manos fuertes y suaves sobre su piel, despertando cada fibra sensible de su ser.

¡Ni siquiera tenía que tocarla para excitarla!, pensó ella con un escalofrío. La sangre le corrió veloz por las venas y sintió la piel tan

sensible que el simple roce de la ropa era una deliciosa agonía. Sabía lo que él tenía en mente. Los dos lo sabían.

Entonces, ¿por qué no decía nada? ¿por qué no intentaba nada?

—Pruébalo —insistió él.

Había pelado el melocotón y le estaba ofreciendo un pedazo. Se inclinó hacia ella y se lo acercó a los labios. Como una niña pequeña, abrió la boca y Amir introdujo el jugoso trozo. Estaba tan maduro que apenas tuvo que masticarlo.

—¿Te gusta?

Su sonrisa hizo cosas peligrosas a su corazón.

—¡Humm! Está perfecto. Delicioso.

—Entonces, toma más.

Esa vez no acercó tanto la mano por lo que Lydia tuvo que inclinarse hacia delante. Con aquel gesto, colocó la cara a la altura de la de él y sólo pudo mirar hacia las profundidades de sus ojos negros. Su mirada la dejó paralizada y la hipnotizó con el fuego del deseo que ardía en su interior.

—¿Más? —murmuró él.

Ella no encontró fuerzas para responderle; simplemente asintió. Tenía la cabeza demasiado confusa por la sensualidad de su cercanía y por la atracción de su mirada. De la boca se le escurrió una gota del jugo del melocotón y, sin pensárselo, deslizó la lengua por los labios para recogerla.

La mirada de Amir siguió el breve movimiento y, después, volvió a posarse en sus ojos, más profunda y más penetrante que nunca.

Era como nadar en un mar de fuego. Como sentarse al sol de verano y sentir su calor bañando todo tu cuerpo. La sangre le hervía y la piel pedía a gritos su caricia.

—Amir… —intentó decir algo, pero él la interrumpió.

—¡Chis! —murmuró con suavidad, inclinándose para acallar sus labios con un dedo—. No tenemos que apresurarnos, cariño. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Sólo quería hacer lo que él dijera. Pero, al mismo tiempo, deseaba su caricia, conocer su tibieza, descubrir el efecto de la piel de él contra la suya.

Por eso, no pudo evitar presionar los labios contra aquel dedo silenciador y darle uno, luego dos y luego tres suaves besos. Su piel sabía a zumo de melocotón mezclado con su aroma y pensó que nunca había probado nada tan delicioso en su vida. Durante todo aquel tiempo, mantuvo la mirada fija en la cara de él por lo que vio cuando cerró los ojos durante un par de segundos, luchando por

mantener el control.

—Lydia…

Esa vez fue él el que tuvo dificultades para hablar y ella le sonrió.

—Dame más —murmuró, sabiendo el efecto que iba a causar el doble significado—. Por favor, no pares ahora.

«No pares», pensó Amir confuso. Estaba seguro de que ella sabía que eso era lo último que él haría. Todo su cuerpo estaba en tensión por la lucha entre el deseo que le consumía y su mente que le obligaba a esperar. No podía ser de otra manera.

Podía ver el efecto que tenía en ella y, aunque apenas podía aguantar la agonía de la espera, también deseaba prolongar el momento. Continuar con el juego de la seducción hasta que ninguno de los dos pudiera resistirlo más tiempo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Estaba seguro que apenas saboreó el siguiente pedazo de melocotón, de que lo masticó y lo tragó de manera automática, inconsciente de lo que estaba haciendo. Sus ojos azules estaban oscuros y tenía las pupilas tan dilatadas que apenas se percibía el azul. Era como si la hubieran drogado.

—Te daré más. Todo lo que tú quieras.

Una gota de zumo le corrió por la barbilla y él, de manera automática, levantó una mano para limpiarla. Pero antes de tocarla se detuvo y reemplazó los dedos por la boca, dejando que su lengua limpiara el rastro del néctar.

En ese mismo instante, se olvidó de su resolución. Al tocarla de aquella manera, se dio cuenta de que estaba atrapado, que era incapaz de alejarse. Sólo podía pensar en quedarse allí, continuar con la caricia, besarle la barbilla, luego, la comisura de los labios…

—Amir…

Era un sonido sordo proveniente de la garganta que le indicó lo cerca que estaba de ceder. Al escucharlo, abandonó cualquier pensamiento de contenerse durante más tiempo y se dejó llevar por la salvaje pasión que se estaba apoderando de su cuerpo.

—¡Llevas toda la noche pidiendo esto! —le murmuró al oído antes de que su boca tomara la de ella con un beso feroz.

Era como encontrarse en el ojo de un huracán. Escuchó los truenos y vio los relámpagos. Pero no podía acercarse lo suficiente para besarla bien; ¡la maldita mesa estaba en medio!

Con un ahogado juramento, intentó agarrarla mejor y tiró parte de la porcelana y de los cubiertos al suelo.

Lydia escuchó los sonidos del destrozo, pero le parecieron muy

lejanos. Sólo era verdaderamente consciente de los labios de él sobre los suyos, de sus poderosas manos levantándola de la silla, acercándola a él hasta que quedó con los pies en el aire, dependiendo de su fuerza.

Se agarró a sus hombros para no caerse. Pero, al tocarlo, sus dedos comenzaron a acariciarlo.

—Amir... —suspiró ella, deslizando las manos por la suavidad de la piel que tanto había deseado acariciar.

Sintió los poderosos músculos de él contraerse bajo la caricia y lo escuchó contener el aliento. Pero, en ningún momento, separó la boca de la de ella.

Primero la besó de manera salvaje, casi cruel, después, de manera más delicada hasta que se convirtió en una caricia tan tierna que le derritió el corazón.

—Me has embrujado —murmuró Amir contra sus labios—. Desde el mismo instante en el que te vi he sido incapaz de razonar, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en besarte, abrazarte, tocarte...

Con las manos le apretó la cintura, le sacó el jersey de los pantalones y le recorrió toda la piel. Después, la atrajo más hacia sí y envió otro plato al suelo.

—Amir... —protestó ella, ahogando una carcajada—. Tenemos que acabar con esto.

—Nunca... —respondió él con la voz pastosa.

—No... —ya no pudo evitar reírse—. Me refiero a que no podemos seguir sobre la mesa. ¡Vamos a romperlo todo! Mira.

De alguna manera, consiguió agarrarlo por la barbilla para hacerle girar la cabeza hacia las piezas rotas del suelo. Durante un momento, pareció que no entendía nada, tenía los ojos llenos de pasión y cada músculo de la cara en tensión por la fuerza del deseo.

Pero después, lentamente, pareció volver en sí y ver el destrozo.

—Siempre he odiado esa vajilla —murmuró con voz ronca—. Pero tienes razón. No podemos continuar aquí, estaremos mucho más cómodos arriba.

Antes de que Lydia tuviera tiempo de registrar lo que Amir tenía en mente, la tomó en brazos con una facilidad que revelaba la fuerza de sus músculos.

—¡Amir! No puedes... —comenzó a protestar Lydia sin aliento.

Pero él la ignoró y, cruzando el vestíbulo con ella en brazos, la llevó hacia las escaleras.

Lydia contuvo el aliento y le rodeó el cuello con los brazos para no caerse.

—¡Amir! —dijo con un tono muy diferente.

—¿Qué pasa? —preguntó él con voz ronca—. ¿No confías en mi fuerza?

¿Confiar en su fuerza? Estaba segura de que podía subirla en brazos, no le cabía ninguna duda. Podía sentir la fortaleza del pecho, sobre el que tenía apoyada la cabeza, el acero de los brazos que la sujetaban. Sabía que no la dejaría caer. Físicamente se sentía segura.

Pero emocionalmente... Eso era un asunto totalmente diferente.

Emocionalmente no tenía ni idea de lo que podía resultar de todo aquello. No podía saber si iba a salir indemne o con unas cuantas magulladuras. Nunca había conocido nada igual, nunca había conocido a nadie como él. Por eso no sabía cómo se sentiría cuando todo acabara.

Porque todo tenía que acabar.

La gente como Amir y ella vivían en mundos distintos. En circunstancias normales, nunca se cruzaban sus caminos. Si no hubiera sido por una jugada del destino, nunca se habrían conocido.

¿Y habría sido eso mejor?

—¿Lydia? —la llamó Amir, consciente de que estaba en otra parte.

Se paró con ella en un escalón mirándola a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Te lo estás pensando?

—No —dijo ella; pero no sonó muy convincente.

—Escúchame... —lentamente la dejó en el suelo y la tomó por la barbilla para mirarla a los ojos—. Lydia, preciosa, no tengas dudas. Te prometo que no te haré daño.

Cuando la miraba de aquella manera, ella le confiaría hasta su alma.

Ella no deseaba aquella distancia que había surgido entre los dos, barriendo la energía, apagando el fuego. Quería que todo volviera a ser como hacía unos minutos. Quería sentir el fuego en su interior como un bosque en llamas, acallando las dudas, dejando sólo los sentimientos. Aquellas sensaciones que irrumpían en ella como un maremoto, inundándola completamente.

Y había una manera fácil y rápida de volver a sentir aquello.

—Bésame, Amir —le susurró suplicante—. Bésame y demuéstrame lo maravilloso que puede ser...

Con un gemido ronco, Amir inclinó la cabeza sobre la de ella y tomó sus labios con ansia.

En un segundo, desapareció cualquier rastro de duda, de incertidumbre. La marea de deseo la inundó, caliente y salvaje,

envolviéndola y arrastrándola a un mundo de ensueño. Un mundo en el que sólo importaba su cuerpo y el deseo abrumador que lo dominaba.

Con un grito de placer y entrega, Lydia abrió la boca y permitió la cálida invasión de la lengua de él. Sintió cómo su cuerpo largo y duro la aplastaba contra la pared, haciéndola prisionera. Y la turgente evidencia de su deseo se le clavó en la pelvis enviándole ráfagas al corazón de su femineidad y haciéndola gemir de deseo.

Amir ahogó el gemido con su boca.

—Sé exactamente cómo te sientes, corazón. Yo siento lo mismo.

Con las manos le acarició la cara, el pelo, el cuello. Después se deslizó por encima del jersey hasta cubrirle los pechos.

—Tú me haces sentir lo mismo.

Lydia se movió inquieta, devolviéndole cada beso con pasión, cada vez más desinhibida.

—Quiero… quiero…

No pudo decir nada más, pero tampoco hizo falta.

—No te preocupes, cariño. Sé exactamente lo que quieres. Para empezar quieres esto…

Con una mano alrededor de la cintura, la llevó hasta el piso de arriba, mientras, con la otra mano, iba quitándole el jersey.

Envuelta en un mar de pasiones, Lydia no protestó cuando se lo sacó por la cabeza. En lugar de eso, lo ayudó en todo lo que pudo, levantando los brazos para que se lo sacara y tirándolo, después, al suelo.

—Y quieres esto…

Al jersey le siguió el sujetador, que cayó un escalón más abajo. Después, Lydia escuchó los zapatos rodar escaleras abajo. Ése fue el último sonido que su mente registró antes de que Amir rodeara sus senos desnudos con las manos y perdiera toda capacidad de razonar. El contacto de sus manos le quemaba la piel, enviándole ardientes ráfagas de deseo que le recorrían todo el cuerpo. Después, él se inclinó para acariciarle los pechos con la boca y ella se sintió desfallecer.

—Y esto…

Lydia estaba apoyada contra la pared y si no hubiera sido por las poderosas piernas de Amir contra las suyas se habría deslizado hacia el suelo.

Todas sus fuerzas se evaporaron cuando la exigente boca de Amir se cerró sobre uno de sus pezones, saboreándolo, succionándolo, endureciéndolo hasta límites insospechados.

—¡Oh, sí, Amir! Sí, sí…

Era una incoherente letanía de sonidos placenteros. Lydia se rindió a la parte de su ser más primitiva, una parte que le hacía introducir los dedos en su pelo y apretarlo contra ella para prolongar la intensidad de aquel placer sin límites.

Cuando Amir la tumbó sobre la suave moqueta, Lydia se dio cuenta de que estaba casi desnuda. Tenía los vaqueros y la pequeña prenda de seda azul en los tobillos y sólo tenía que darles una patada para deshacerse de ellos. No tuvo tiempo de sentir frío. Apenas tuvo tiempo de pestañear o de pensar antes de que Amir se despojara de toda su ropa y se tumbara al lado de ella, perfectamente desnudo y totalmente excitado. Sólo verlo así la hacía temblar de deseo.

—Pero sobre todo... —la atrajo hacia él y cubrió su cuerpo tembloroso con el de él— lo que quieres es esto...

Con una mano capturó las de ella y se las puso sobre la cabeza. Con la otra mano, sometió su cuerpo al asalto sensual más completo que jamás había sufrido. Acarició cada centímetro de su cuerpo, encontró puntos de placer y botones eróticos que ni ella sabía que existían. Trazó líneas de pasión por toda su piel y le atormentó los pezones con suaves pellizcos.

Y entonces, cuando pensó que su mente iba a explotar, con el imparable placer, él dirigió sus atormentadoras caricias hacia abajo, las deslizó por los rizos cálidos y húmedos y las introdujo en el centro de su femineidad.

—¡Amir! —gimió Lydia.

Con una fuerza que la sorprendió, se soltó las manos y las introdujo en el pelo de él. Atrajo su cabeza hacia ella y presionó sus labios contra los de él con un apasionado beso en el que puso toda la necesidad y el apetito sexual que la invadían.

—Ya —murmuró contra su boca—. Por favor, ya. Tómame ya.

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras cuando el se lanzó a su interior con fuerza. Cuando se empezó a mover, ella siguió su ritmo, conducida por deseos primitivos que eran lo más poderoso e irresistible que le había sucedido jamás.

Cada movimiento de su cuerpo vigoroso le dio una sensación nueva y superior. Cada beso y cada caricia la arrastró a límites insospechados.

—¡Lydia! —pronunció él, sin aliento con la mirada cargada de pasión—. Eres fantástica. Espectacular. Nunca he conocido a nadie como tú.

Ella abrió la boca para decirle que opinaba lo mismo, pero él empujó con más fuerza, rompiendo sus pensamientos, reduciéndola

a la nada.

El pulso en su cabeza era cada vez más rápido y el calor entre las piernas crecía en espiral. Estaba escalando, alzándose, flotando en el cielo, lejos de los confines de la tierra hasta que, al fin, con un grito salvaje y abandonado, estalló en una miríada de luces de colores.

5

Había algo extraño en la luz y en los sonidos del día cuando Lydia se despertó a la mañana siguiente.

Durante un par de segundos, permaneció quieta, con la mente en blanco, confundida, sin saber dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí.

Sabía que debería estar en California, lista para comenzar una nueva vida.

Pero no era así. Estaba...

¡Amir!

Su nombre y los recuerdos que éste evocaba saltaron a su mente con la fuerza de un tifón. Abrió los ojos y miró alrededor, buscando al hombre que la había llevado hasta allí, temiendo encontrárselo.

—Por fin te has despertado.

Aquel tono ronco y familiar hizo que la cabeza le diera vueltas.

Estaba sentado en un sillón junto a la cama, recostado cómodamente sobre los cojines y con las piernas estiradas sobre la alfombra. Tenía puestos los vaqueros, pero eso era todo. Llevaba el magnifico pecho desnudo y los pies, descalzos.

Pero fue en sus ojos en lo que más se fijó, tan profundos y oscuros bajo las densas pestañas negras. Los tenía entrecerrados y estaban fijos en ella, alertas, observando el más leve movimiento de su rostro. Pero no había ni rastro de emoción en ellos, ninguna tibieza. Nada que le diera una pista sobre lo que estaba sintiendo.

Lydia se despejó la garganta con nerviosismo.

—Bu... buenos días.

No se le ocurrió ninguna otra cosa. ¿Qué se suponía que se le decía al hombre que la había recogido en el aeropuerto y la había llevado a su casa para pasar una noche?

Una noche. ¡Pero qué noche!

Sus mejillas se tiñeron de rojo al recordar las últimas horas antes de quedarse dormida de pura extenuación. Y tuvo que apartar los ojos de la mirada firme e inflexible del hombre que la había dejado en aquel estado.

Era demasiado tarde para sentirse avergonzada. Demasiado tarde para intentar tapar su desnudez con las sábanas. No había ni un centímetro de su cuerpo que él no hubiera visto, que no hubiera recorrido con las manos y la boca. A pesar de eso, a la fría luz del

día, no podía hacerle frente sin cubrirse de los pies a la cabeza.

—Buenos días —respondió Amir, con gravedad a su titubeante saludo.

Lydia deseó poder estar tan serena cómo él. Deseó comportarse como si la tórrida aventura de una noche fuera algo habitual en su vida.

Pero era muy difícil cuando la verdad era muy distinta. De hecho, su única experiencia la tenía con Jonathan.

—Estaba... estaba cansada.

La boca sensual de él se torció en algo parecido a una sonrisa.

—Ha sido una noche memorable —reconoció él—. No la olvidaré en mucho tiempo.

—Me alegro —declaró Lydia, incorporándose en la cama, tapándose el pecho con la sábana—. Me lo tomaré como un cumplido.

En realidad, él mismo no sabía lo que había querido decir. Los sucesos del día anterior lo habían dejado atontado y aún no sabía lo que sentía. Lo único que sabía era que la mayor parte del tiempo había sido incapaz de pensar con la cabeza, sino con una parte más básica de su fisionomía.

Pero una cosa era segura: nunca, nunca olvidaría la experiencia que acababa de vivir, aunque la verdad era que la mayoría de los detalles los recordaba con imprecisión. Desde el momento en el que besó aquella gota de melocotón de la esquina de su boca, había entrado como en una tormenta sexual que lo había poseído, impidiéndole pensar con claridad.

Sólo había sido capaz de experimentar sensaciones. ¡Por Alá que había sentido! En su vida había vivido semejante tornado de pasión y placer. Incluso ahora, al pensar en eso, su cuerpo se endurecía con ardiente deseo. Además, al verla allí sentada en la cama, su cama, con sólo la sábana por encima, no lo estaba ayudando a concentrarse.

—¿Quieres que te deje una camiseta o algo? —le preguntó de repente.

—Gracias, pero no tengo frío.

—No era en tu temperatura en lo que estaba pensando. Pensaba que quizá me resultara más fácil concentrarme si llevaras algo de ropa encima.

Ella creía que al taparse con la sábana ya estaba ocultando todas las partes de su cuerpo que podían provocar pensamientos eróticos. No podía estar más equivocada.

¿Es que no se daba cuenta de que la tela de algodón se ajustaba

a cada centímetro de su cuerpo, marcando todas sus curvas? ¿Que era tan fina que entre las piernas se transparentaba una sombra oscura?

Aún tenía demasiado fresco el recuerdo de lo que había sentido al esconder la cabeza en aquellos rizos, así que, tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar de la silla, apartar esa sábana tramposa y hacerle el amor de nuevo.

Al menos, disfrutarían de la comodidad de una cama. La noche anterior, les había llevado mucho tiempo llegar al dormitorio. Sólo después de apagar un poco la llama de la pasión y de calmar la sed urgente y la dolorosa necesidad, había sido capaz de llevarla en brazos hasta el lecho.

Pero después de aquel breve respiro, la llama había vuelto a arder. No pudo resistir el contacto de su cuerpo tibio entre los brazos y tuvo que tomarla de nuevo.

Y ella había respondido con la misma necesidad imperiosa que él.

«¡No!» Ya era suficiente. No podía pensar con claridad. ¡No podía pensar en otra cosa!

De un salto se levantó del sillón y se dirigió hacia el armario, abrió precipitadamente un cajón, agarró una camiseta y se la dio.

—¡Toma!

Él miró hacia otro sitio mientras ella se la ponía.

—¿En qué nos tenemos que concentrar con tanta urgencia?

—Tenemos que hablar.

Amir no pudo volver a sentarse. Debido a su desasosiego, encontró mucho más fácil dar vueltas por la habitación.

—¿De qué?

«¡Oh, Lydia! No te hagas la tonta. ¿Acaso no lo sabes? ¿No lo puedes adivinar? Sólo fue la aventura de una noche. Se lo pasó bien; pero ahora querrá que te marches».

—De nosotros.

—No hay...

—He llamado al aeropuerto.

—¡Ah!

Apenas fue un suspiro. Un sonido de desaliento que no pudo evitar. Por supuesto que había llamado al aeropuerto. Querría que se marchara, querría deshacerse de ella y la iba a ayudar en todo lo que pudiera. ¿Qué otra cosa se había imaginado?

—Llamé a primera hora.

«Claro».

Deseaba que dejara de dar vueltas. Le recordaba demasiado a

una pantera hambrienta, esperando su próxima presa.

De acuerdo, se lo pondría fácil.

—¿A qué hora sale mi avión? Afortunadamente, no tengo que preparar el equipaje porque no lo deshice. Lo único que tengo que hacer es recoger mi ropa...

Su voz se perdió al darse cuenta de lo que eso significaba. Tendría que ir recogiendo ropa por todas las escaleras hasta el piso de abajo; los zapatos probablemente estarían en el vestíbulo.

—Toma...

Amir recogió algo de una silla y lo dejó a los pies de la cama. Al ver de qué se trataba, Lydia se puso colorada, deseando que la tierra se la tragara antes de morirse de vergüenza.

Su ropa. Él lo había recogido todo, incluso los zapatos. ¿Tan impaciente estaba por que se marchara?

—Gracias —se obligó a decir—. Puedo ducharme, vestirme y desaparecer de tu vista en cinco minutos. Sólo...

—No.

—¿No, qué? ¿Que no puedo ducharme o que no te crees que pueda salir de aquí en cinco minutos?

—Estoy seguro de que si quisieras podrías vestirte en mucho menos tiempo. Pero lo que quiero decir es que no puedes marcharte.

Ese «no puedes» fue demasiado. Ya sabía que él era el heredero de una corona, pero a ella no la podía tratar así.

—¡Y tú no puedes obligarme a quedarme! —protestó ella—. Ahora, no estás en Kuimar, Alteza. No puedes retenerme contra mi voluntad.

Por fin, Amir se quedó quieto, de pie al lado de la puerta.

—No tengo la más mínima intención de retenerte contra tu voluntad, querida señorita Ashton —le dijo con una mirada maliciosa—. El único culpable aquí es el tiempo.

—¿El tiempo? —preguntó Lydia, incrédula—. ¿Qué tiene el tiempo que ver con esto?

—Todo. Como ya te dije, llamé al aeropuerto a primera hora. No ha dejado de nevar en toda la noche y la niebla ha empeorado la situación. No creen que puedan limpiar las pistas antes de unos tres días.

—¿Es eso cierto? —lo miró Lydia con sospecha—. Entonces, ¿no hay vuelos?

—No, durante tres días.

—¿Qué voy a hacer?

Ahora era ella la que deseaba pasearse por la habitación. Hizo el

amago de apartar las sábanas y salir de la cama, pero entonces se acordó de que sólo llevaba una camiseta. Aunque era bastante grande, apenas le llegaba a los muslos por lo que se lo pensó mejor.

—¿Qué pasará con mi trabajo? ¿Dónde voy a quedarme?

—Aquí hay mucho espacio.

Eso era lo último que esperaba oír. Se había convencido a sí misma de que él estaba deseando que se marchara. Nunca se habría imaginado que le iba a ofrecer ayuda y, mucho menos, un lugar donde quedarse.

—¿Me dejas que me quede?

—Me gustaría —declaró él, sorprendiéndola aún más con el tono de sinceridad que notó en su voz—. Mira, Lydia —dijo él, dirigiéndose de nuevo hacia el sillón de al lado de la cama—. Ya te he dicho que lo que pasó anoche me costará olvidarlo. Pero si puedo, es algo que me gustaría repetir.

Hizo una breve pausa y Lydia dudó si decirle que a ella también; pero antes de que pudiera decir nada, él continuó.

—Pero justo en este momento...

—¡Vaya! Debería haberme imaginado que habría un pero —se sorprendió a sí misma por su comentario impulsivo. Pero ese «pero» le había rasgado el corazón—. Está bien. No tienes que deletreármelo. ¿Quieres que lo diga yo por ti? Fue fantástico... nos vemos... gracias por todo... ¿O quizá pensabas añadir que me llamarías algún día? ¿Crees que sería tan tonta como para creérmelo?

El frío escrutinio de sus ojos negros fue tan abrumador que se puso nerviosa.

—¿No crees que te estás precipitando un poco con las conclusiones?

—¿A qué otra conclusión quieres que llegue? No soy una niña, Amir. Tampoco soy una estúpida colegiala que cree en las novelas de amor. Sé que el sexo, incluida la experiencia fantástica que compartimos anoche, no es garantía de ningún sentimiento.

—¿Pero estás de acuerdo en que fue fantástico? —preguntó Amir cuando ella hizo una pausa para respirar.

Demasiado tarde para dar marcha atrás; ya había abierto su gran bocaza.

—Bueno, sí.

Intentó desesperadamente sonar frívola, como si las relaciones sexuales increíbles con extraños fueran algo a lo que estuviera acostumbrada.

—¿Y si es así, te gustaría repetirlo?

—Quizá sí. No lo sé…

—Pues yo sí. Sé que me gustaría repetir la experiencia una y otra vez. Pero hay un problema.

«Por supuesto», pensó ella.

—Por ciertas razones… compromisos que no puedo eludir, mi vida no es muy mía en estos momentos. No estoy libre. Desde luego, no planeaba empezar ninguna relación con nadie y si tu avión hubiera despegado no estaría haciéndolo ahora.

Hizo una pausa como si esperara algún comentario, pero a Lydia no se le ocurrió qué decir.

—Pero, entonces, me encontré contigo…

Y al encontrarse con ella su esquema mental se había venido abajo. Durante el espacio de unas cuantas horas locas, se había olvidado de su padre y de las condiciones que le había puesto a su futuro. Se había olvidado de todo por lo que había luchado durante los últimos años, de la ambición que había dirigido su vida desde que cumplió los once años.

Pero esa mañana había recobrado un poco de cordura. No iba a echar por la borda todo por lo que había luchado durante tanto tiempo. Durante muchos años, no consiguió nada; pero cuando estaba a punto de renunciar a la lucha, ese arrogante viejo le concedió lo que quería. Desafortunadamente, el título tenía un precio.

Pero era un precio que podía pagar. El resultado final merecía el sacrificio que tenía que hacer. Ese precio conllevaba que no podía coquetear con otras mujeres, aunque fueran tan atractivas y apetitosas como la señorita Lydia Ashton.

Por eso, había decidido que, sin importar lo que le costara, tenía que asegurarse de que tomaba el primer avión a California, rumbo a su deseado trabajo y lejos de su vida. Ésa era la razón por la que había llamado al aeropuerto.

Pero descubrió que no había ningún vuelo.

—En otro momento, quizá habría sido diferente. Podíamos haberlo pasado bien durante una temporada, pero ahora no dispongo de ese tiempo.

—Entiendo —dijo Lydia con voz apagada y monótona. Durante unos maravillosos momentos se había permitido el lujo de soñar y de tener esperanza. El sueño de que Amir podía querer algo más que una noche.

«¡Estúpida! ¡Tonta! ¡Ingenua!».

Los hombres como Amir no se enamoraban de mujeres como ella. No perdían la cabeza por chicas normales, de familias

normales.

Amir era un jeque. ¡Por el amor de Dios! ¡Un príncipe heredero! Se movía en círculos llenos de mujeres ricas y sofisticadas entre las que podría elegir a la que quisiera.

Al encontrarse con ella en la sala VIP del aeropuerto debía haberse pensado que pertenecía a aquel lugar. Que era una mujer como las que estaba acostumbrado a frecuentar. De ninguna manera podía saber que la única cosa con clase de su vida era el trabajo al que se dirigía.

—De acuerdo. No me voy a poner difícil. Sé muy bien cuando me dan largas.

—¡Maldita sea, Lydia! ¡No!

Una vez más, Amir se puso de pie con un movimiento rápido que expresaba perfectamente su impaciencia.

—No me estás escuchando. No te quiero dar largas.

—¿Ah, no?

Por mucho que lo intentó, no pudo evitar que los labios le temblaran.

Amir tomó aliento y se pasó los dedos por el pelo antes de mirarla directamente a la cara.

—Lo que estoy intentando decirte es que no te puedo ofrecer un futuro juntos. Sólo puedo ofrecerte una aventura pasajera, y muy corta. Ayer pensé que no tenía más que una noche, pero esta mañana he descubierto que el destino nos ha regalado tres días. Lydia, tres días que podemos pasar juntos si tú quieres.

—Si yo...

No pudo acabar la frase. De repente, la invadió una ola de pánico que se mezcló con el ardiente deseo. La cabeza comenzó a darle vueltas desaforadamente; incapaz de tomar una decisión.

Amir la tomó de las manos, apretándole los dedos entre los suyos. Sus ojos quemaban con la intensidad de la mirada que le pedía que dijera que sí.

—Sólo puedo ofrecerte tres días, con sus tres noches, Lydia. Nada más. Tres días juntos y después cada uno seguirá su camino. ¿Qué me dices? ¿Sí o no?

¡Tres días!

Estaba ofreciéndole tres días. Nada más.

Tres días con sus correspondientes noches. No podía olvidarse de ellas. ¿Cómo iba a olvidarse?

No eran nada. Pero también lo eran todo.

Cuando pensó que aquello sería la aventura de una noche, no se atrevió a soñar con más. Ahora era más; pero mucho menos de lo que a ella le hubiera gustado.

—¿Lydia? —la llamó él, apretándole un poco la mano para devolverla a la realidad—. ¿Qué me dices?

¿Qué podía decir? Su prudencia le decía que ni siquiera lo considerara. Era la antigua Lydia, la racional, la cautelosa. Le decía que aceptar esa oferta sería venderse muy bajo. No había futuro en ella: después de tres días, la dejaría, dolida y usada, y seguiría su camino.

—¿Tres días...?

—Sé que no es mucho, pero es todo lo que tengo. Es eso o nada.

—Desde luego, me lo estás dejando bien claro.

Lydia esperó que su sonrisa funcionara y ocultara la confusión y el dolor de su corazón.

—No hay otra manera de hacerlo. No puedo ofrecerte nada más, Lydia. Pero durante esos tres días, sobre todo durante las tres noches, te prometo que tendrás el idilio de tu vida.

—Suena tentador.

Él le deslizó una mano por la cintura y el aroma de su cuerpo le embriagó los sentidos.

—Entonces, déjame tentarte, preciosidad —le murmuró al oído—. Déjame convencerte de que te quedes conmigo y te prometo que nunca lo olvidarás. Te voy a dar todo lo que quieras. Todo.

Todo excepto su amor.

¡No!

¿De dónde había salido aquel pensamiento loco? En ningún momento había pensado en el amor. En su vida no había lugar para ese sentimiento. Era lo último que necesitaba; complicaría las cosas más de lo necesario.

—¿Todo?

—Todo —confirmó él con un tono cavernoso, deslizando la boca

por su piel, dándole unos besos suaves y delicados que la agitaron hasta lo más profundo del alma—. Sólo tienes que pedir lo que quieras.

Aquellos besos le estaban impidiendo pensar. Estaban avivando en ella los deseos más primitivos. Entre las piernas empezó a sentir una creciente necesidad que le incendió cada centímetro de su cuerpo. No podía quedarse quieta durante más tiempo, por lo que giró la cabeza hacia él y lo besó en la boca, con fuerza y con pasión.

Durante un segundo, Amir pareció sorprendido. Separó la cabeza unos centímetros y la miró a los ojos.

—¿Lydia? —preguntó con suavidad.

Ella lo miró sin pestañear siquiera. Después, le agarró la cara entre las manos y lo atrajo hacia ella de nuevo. Y volvió a tomar su boca con otro beso, esta vez más lento y más suave.

—Lydia... —pronunció él otra vez, pero con un tono diferente, más titubeante—. ¿Qué significa esto?

La incertidumbre en la voz le dio una nueva sensación de poder. Lo miró a los ojos segura de sí misma, con una sonrisa que irradiaba triunfo, que lo retaba provocadora.

—Dijiste que sólo tenía que pedirlo.

Él cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, las profundidades negras brillaban con el fuego dorado del deseo.

—¿Y me lo estás pidiendo?

Ella asintió lentamente, sin apartar los ojos de los de él.

—¿Todo?

Ella volvió a asentir.

—Todo —confirmó con la garganta seca por el deseo.

—Entonces te lo daré todo —le dijo él con la voz ronca—. Todo lo que pueda darte y más.

Esa vez fue él el que tomó los labios de ella. Después, se tumbó sobre ella en la cama.

La camiseta no suponía ninguna barrera para sus sedientas manos. Le acarició todo el cuerpo, la cara, los pechos. Después, en un segundo, se deshizo de los vaqueros.

Lydia extendió los brazos para darle la bienvenida una vez más, segura de la decisión que había tomado, sabiendo que no se iba a echar para atrás.

Tres días. Tenía tres deliciosos días y los iba a aprovechar al máximo.

Sin piedad, acalló las protestas de la otra Lydia, la cautelosa. La nueva mujer deseaba vivir aquella experiencia.

—Lo quiero todo —murmuró contra la piel de Amir—. Todo.

Era como una letanía que resonaba en su cabeza y que iba en aumento hasta que su control estalló y tuvo que agarrarse con fuerza a los hombros fuertes de él.

Cuando el pulso se le tranquilizó y la respiración volvió a ser normal, en su conciencia se introdujo un último atisbo de realidad: ¿Qué pasaría cuando Amir la dejara sin más? ¿Qué pasaría cuando se marchara de su vida sin mirar para atrás?

Eso era exactamente lo que Jonathan había hecho y eso que ella se había tomado la relación con mucha calma antes de comprometerse. Aun así, él se había ido con otra persona.

Al menos, Amir no pretendía que quería un futuro con ella. Había sido totalmente sincero desde el principio.

Y ella iba a aceptar su oferta encantada, sin restricciones.

A su lado, Amir se estiró como un gato perezoso.

—¿Estás bien?

—Sí.

Lydia no dijo más. El corazón todavía le latía deprisa, tanto por el significado de su decisión como por la explosión de placer que acababa de experimentar.

Él la rodeo por la cintura con su brazo largo y moreno y la atrajo hacia sí. Le besó el pelo, el cuello y la miró con pasión a los ojos.

—¿Estás segura? —le preguntó con suavidad—. ¿No te arrepientes?

Ella levantó la cabeza y le acarició los labios con los suyos.

—No —le aseguró con confianza—. No me arrepiento de nada.

—Sólo hay un problema —le dijo Lydia más tarde, después de volver a hacer el amor—. Algo en lo que no hemos pensado.

—¿Sí?

Amir acababa de salir de la ducha y estaba buscando algo de ropa en un cajón, totalmente inconsciente de su desnudez.

—Espero que no sea nada importante.

—Podría ser muy importante —le informó Lydia, acomodándose en los almohadones con pereza.

—¿De qué se trata?

Amir dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella.

Tenía el cuerpo más maravilloso del mundo, pensó Lydia. Alto y fuerte. Delgado y musculoso, sin un kilo de más en ninguna parte de su poderosa estructura. Su pecho ancho y sólido estaba ligeramente oscurecido por un vello sedoso que se iba difuminando

conforme se acercaba a la cintura.

—¡Lydia! ¿Qué?

La dureza de su tono la sorprendió, forzándola a volver a la realidad.

—Oh, perdona… la verdad es que no es gran cosa…

—Dime de qué se trata.

—Bueno, la verdad es que no tengo ropa. Quiero decir, aparte de los vaqueros y el jersey de ayer. Ya había facturado todo el equipaje cuando cancelaron el vuelo y no se me ocurrió ir a buscarlo antes de venir para acá.

Él tampoco había pensado en eso, admitió Amir para sí. En realidad, no había pensado en nada; sólo había podido actuar movido por el apetito sexual que lo había invadido desde el principio. Habían sentido tanta atracción que lo que había ocurrido la noche anterior había sido el resultado natural e inevitable de su encuentro. Lo de la noche anterior y lo de esa misma mañana. Una fuerza tan vieja como el tiempo, tan primitiva y poderosa como la vida misma. Algo demasiado fuerte para negarlo, demasiado deslumbrante para resistirse.

—Así que no tengo nada que ponerme —continuó Lydia— si me voy a quedar aquí…

—No tienes que preocuparte por nada —la interrumpió él—. Lo que tienes puesto, o mejor aún, lo que no tienes, es perfecto.

Lydia se puso colorada y se agitó incómoda en la cama. Hasta aquel momento se había sentido genial desnuda; pero esa tranquilidad empezaba a evaporarse ante la mirada de aquellos ojos negros. De repente, se sintió como una presa y tuvo la necesidad de ocultarse bajo las sábanas.

Pero se resistió. Podía imaginarse la respuesta burlona de Amir ante semejante gesto. Probablemente le diría que era demasiado tarde para mostrarse pudorosa.

Y tendría toda la razón. Pero eso no variaba lo que sentía. No sabía qué había cambiado. ¿Por qué ya no se sentía cómoda cuando hacía unos segundos era tan feliz?

—Por mí, puedes quedarte así los tres días —continuó él mientras se ponía la ropa. El brillo de sus ojos se había acentuado y su sonrisa había adoptado un gesto divertido y sexy—. No tengo nada que objetar a que te pasees por la casa desnuda…

—Pues a mí sí me importa —lo interrumpió ella, enfadada—. No vas a jugar al jeque conmigo, Alteza.

El dardo dio en la diana con más fuerza de la que había pretendido y vio cómo a Amir se le endurecía el rostro.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó muy serio.

Pero Lydia decidió ignorar el tono. Podía ser el príncipe heredero de su país, pero allí él sólo era un hombre.

—Lo sabes muy bien. Yo no soy la favorita de ningún harén.

Había llegado demasiado lejos. Lo supo en seguida por la expresión de él: había dejado de sonreír y las facciones perfectas de su rostro se habían vuelto de piedra.

—Sabes muy bien que no iba por ahí —declaró con frialdad.

—¿Ah, sí?

Ya no le importaba que dijera nada sobre su repentina modestia. Sólo sabía que no podía mirarlo a la cara a menos que se tapara hasta el cuello. Agarró la sábana y se envolvió con ella.

—Creo que sí ibas por ahí. Que me querías aquí sólo para tu placer y que no pensabas en mí... ¿Te estás riendo?

¡Se estaba riendo! Y lo peor era que sólo podía pensar en la calidez que daba aquella risa a su mirada. La sonrisa de su boca era amplia y mostraba unos dientes blancos y perfectos. Amir poseía una belleza masculina que le desgarraba el corazón, tan humana cuando sonreía que resultaba tentador enamorarse de él.

¡No! De nuevo aquella palabra. Con rapidez apartó el pensamiento de su mente. No debía mezclar las cosas. En aquella relación no había lugar para el amor.

—Lydia, habibti —dijo él, aún sonriendo—. Sólo tenemos tres días, ¿te acuerdas? No tenemos tiempo para discusiones. Si de verdad te preocupa la ropa, vamos a solucionar el tema.

—¿Cómo?

Tuvo que morderse la lengua para no contestarle con acidez. Aunque todavía no estaba segura de si quería que la apaciguara.

—Déjamelo a mí.

Amir se acabó de poner el polo negro y se lo metió por los pantalones. Después se abrochó el cinturón.

—Pero primero voy a preparar algo de comer. Estoy hambriento y seguro que tú también.

—La verdad es que sí —dijo ella con sinceridad.

—Entonces, date una ducha, te espero abajo. Por el momento, tendrás que ponerte lo de ayer; pero, después del desayuno, nos iremos de compras.

—¿De compras?

Eso era la garantía de que su mal humor se disiparía, pensó Amir con cinismo. El efecto había sido instantáneo. Era un truco que nunca fallaba. En cuanto una mujer sabía quién era, sólo era cuestión de tiempo antes de que comenzara a preguntarse cuántas

cosas podrían comprarle sus riquezas.

Tenía que admitir que Lydia había tardado más de lo normal. Había sido muy inteligente al dejar que fuera él el que lo sugiriera. Pero el resultado final siempre era el mismo: iba a tener que pagar por el placer de su compañía.

—¿Podemos salir con esta nieve?

—No hay ningún problema. Quizá el aeropuerto esté cerrado, pero podemos salir a la calle. Al menos, podemos ir a comprar lo que necesites.

Lydia pestañeó confundida.

—¿Vas a comprarme ropa?

—Sabía que eso te interesaría.

En su camino hacia la puerta, Amir no la había escuchado bien y había imaginado que su reacción había sido placentera cuando ella sólo había mostrado sorpresa. Ni siquiera sabía qué pensar al respecto.

—Nunca he conocido a una mujer que se resista a la idea de ir de compras. Sí, te compraré ropa. Pero sólo si te das prisa.

Antes de que Lydia pudiera responderle, él ya se había marchado, silbando, escaleras abajo.

Lydia estaba en la ducha, cuando comenzó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Ahora entendía por qué se había puesto de tan mal humor. Sabía exactamente el motivo. De hecho, le estaba volviendo a suceder.

«Por mí, puedes quedarte así los tres días...».

¿Podría haberlo dicho más claro?

Ella tenía razón al apartar los pensamientos tontos e ingenuos que no dejaban de venirle a la mente. No debía permitir que la palabra «amor» cruzara por su cabeza. Era obvio que a Amir no se le ocurriría nada semejante. De hecho, había dejado claro que sólo la consideraba como un objeto sexual, nada más.

A pesar del agua caliente, Lydia tembló al obligarse a ver la realidad. ¿Podría continuar con aquello? ¿Podría aceptar lo poco que él tenía para ofrecerle? Era tan ajeno a su forma natural de sentir, a su manera de ser... ¿no la destrozaría aquello?

Entonces se acordó de las manos de Amir sobre su cuerpo, la caricia de sus labios, el sabor de sus besos y el frío desapareció.

Si cerraba los ojos podía revivir los momentos apasionados y salvajes que había vivido en sus brazos, la manera de hacer el amor, la culminación explosiva de su orgasmo... Quería volver a sentir aquello. ¿Acaso no podía sacrificar los sentimientos por eso? ¿Durante el breve espacio de tiempo que le ofrecía?

Por supuesto que sí. Pero eso no significaba que se tuviera que vender barato. Empujada por una nueva decisión, salió de la ducha, agarró una toalla y se secó vigorosamente.

Iba a demostrarle a Amir que en aquella relación había algo más que sexo.

—Te has tomado tu tiempo —le dijo Amir a Lydia cuando apareció por la cocina—. El café lleva siglos preparado. Demasiado tiempo para esos cinco minutos que decías que eran suficiente para ducharte y arreglarte.

—Eso era cuando pensaba que me iba a marchar de aquí —respondiendo Lydia intentando controlar su nerviosismo—. En ese caso, no habría tenido necesidad de arreglarme el pelo o maquillarme.

—Pero con la perspectiva de una buena terapia con la tarjeta, pensaste que merecía la pena hacer el esfuerzo, ¿no? Por supuesto, cuando hablo de tarjeta, me refiero a la mía.

El cinismo de su tono hizo que Lydia pestañeara, haciendo que su resolución de hacía escasos minutos desapareciera, dejándola dudosa e insegura.

—¡Tú fuiste el que se ofreció! —protestó ella.

—Claro que sí. No te preocupes, cariño. Pero primero vamos a desayunar; si no tomo algo rápidamente voy a desfallecer. ¿Quieres que desayunemos aquí o vamos...?

—Aquí —respondió ella, sin dejarlo terminar.

Había echado una ojeada al salón en su camino a la cocina y, al ver que alguien había ordenado el caos de la noche anterior, sintió una extraña comezón. Ya no quedaba ni rastro de la comida ni de los platos rotos. Probablemente, había sido Jamila la que lo había recogido todo.

—Aquí se está mejor. Resulta más... acogedor.

Había estado a punto de decir «más íntimo», pero se lo pensó mejor. Ésa no era la palabra más adecuada para la relación que tenía con Amir.

El corto trayecto entre la habitación y la cocina había sido de lo más turbador. Al darse cuenta de que sólo sabía dónde estaban el dormitorio y el salón, de que no conocía el resto de la casa, pensó en lo poco que conocía al hombre con el que acababa de pasar la noche. El hombre con el que pensaba pasar cada minuto de los próximos días.

Amir era un hombre que solía volar en primera clase, cuyo padre tenía un piso de lujo y cuyos criados trabajaban en silencio sin que nadie les tuviera que dar instrucciones.

¿Qué estaba haciendo ella en la vida de una persona así?

—¿Qué tipo de ropa te gustaría comprar? —le preguntó Amir, mientras servía el café—. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—He estado pensado… —al darse cuenta de que tenía la boca seca, alcanzó la taza de café y dio un trago antes de proseguir—. No me gusta la idea de que me compres cosas. En realidad, no necesito mucho, sólo algo limpio para cambiarme, ropa interior… ¿Por qué me miras así?

Amir se encogió de hombros.

—Porque si me estás hablando en serio, no me creo que seas real.

—¿Por qué? ¿Porque no quiero que te gastes tu dinero conmigo?

—Me lo puedo permitir.

—Seguro que sí. Pero eso no significa que me guste la idea. Eso no es lo que quiero de ti.

—¿Ah, no? —según su experiencia, eso era lo único que le interesaba a las mujeres—. ¿Qué es lo que quieres entonces?

—Bueno…

¿Cómo podía responderle? De repente, cruzaron por su mente palabras estúpidas como «amor», «compromiso» o «futuro». Las apartó con rapidez, temerosa de que calaran hondo y pudiera llegar a creérselas.

—No lo sé. No suelo hacer este tipo de cosas…

De repente, se le ocurrió una idea y se puso de pie de un salto.

—Ya lo sé. Espera un segundo… ¿Dónde he dejado mi bolsa?

Cuando volvió a la cocina, con la bolsa en la mano, Amir la miró francamente perplejo.

—Lydia…

—Está por aquí, en alguna parte. ¡Aquí!

Sacó de la bolsa una revista y la dejó sobre la mesa.

—Normalmente no compro revistas, pero quería algo para la espera y ésta llamó mi atención.

Tampoco iba a admitir que la compró porque era algo totalmente distinto a lo que solía leer. El sentimiento de que iba a comenzar una nueva vida la hizo elegir algo nuevo. Hasta entonces, nunca se había sentido atraída por esa mezcla de cotilleos sobre celebridades y artículos sobre sexo.

Amir miró la cubierta de papel cuché con la fotografía de una modelo.

—¿Qué se supone que hay ahí?

—Un artículo… —dijo Lydia pasando páginas, intentando ignorar el toque burlón en la voz de él—. ¡Aquí está! —exclamó al

encontrar lo que quería.

Se dio cuenta de su error en cuanto colocó la revista frente a él. No podía haberse descubierto más claramente si lo hubiera dicho en voz alta: «No soy nada sofisticada. Nunca he tenido una aventura en mi vida».

Mientras veía a Amir ojear la revista, se fue sintiendo cada vez peor hasta que la confianza la abandonó por completo y se sintió completamente estúpida.

Él estudió el artículo como si de algo exótico se tratara.

—Los pasos sensuales de una relación supersexy. Desde el primer beso hasta el sí quiero, o el no quiero —leyó él en voz alta con el ceño fruncido. Después dirigió una mirada escéptica hacia la cara sonrosada de ella—. Querida, Lydia, ¿qué es esto?

«¿Te has vuelto completamente loca?». No lo dijo con palabras, pero, por el tono de voz y la expresión, Lydia se imaginó que eso era lo que estaba pensando.

—¿Estás sugiriéndome que hay reglas para nuestra relación?

La paciencia controlada de su voz reveló su estado de ánimo mejor que si hubiera utilizado otras palabras menos tolerantes. A Lydia comenzó a latirle el corazón con rapidez.

—Bueno, sí. Podría ser eso —dijo con rapidez—. Tenemos sólo tres días y si queremos aprovecharlos al máximo…

Él seguía mirándola como si pensara que le habían lavado el cerebro. Pero, sorprendentemente, asintió, aceptando la idea.

—¿Té parece bien? Así no nos perderemos nada de una…

—«Relación supersexy» —insertó él irónico.

—A mí no me gustaría llamarla así —Jonathan habría reconocido aquel tono de voz remilgado; pero como quería ser una mujer diferente, intentó relajarse—. Pensé que podía ser divertido intentar encajar todos los pasos en estos tres días. ¿No crees?

Agarró una silla y se sentó a su lado para poder ver la revista. Al concentrarse en el texto, le resultaba más fácil olvidarse de que la estaba mirando fijamente.

—Obviamente, tendremos que apretar las etapas un poco. No podemos esperar… ¿qué dice este…? seis meses antes de ir de vacaciones juntos. Pero si lo adaptamos aquí y allá, seguro que podemos hacerlo casi todo. ¿Qué opinas?

—Si eso es lo que quieres…

Tenía que admitir que esa chica lo sorprendía constantemente. Nunca sabía con qué iba a salirle a continuación. Desde la mujer fría que conoció en el aeropuerto a la salvaje criatura que había tenido en la cama. Lydia tenía una docena de personalidades y

caras diferentes, todas intrigantes y atractivas.

Y, en ese momento, volvía a ser otra persona. De repente, el control cuidadoso de por la mañana había desaparecido para ser reemplazado por un entusiasmo juvenil.

Era algo totalmente distinto a la indiferente y aburrida sofisticación a la que estaba acostumbrado y, muy a su pesar, lo encontró inesperadamente atractivo. Además, quería que continuara así, quería quedarse con Lydia durante más tiempo. Y si jugar con ella a aquel juego loco ayudaba a que estuviera contenta, entonces, estaba preparado.

—Seguro que nos las arreglamos.

—¿Entonces te parece bien? ¡Genial! —dijo muy consciente de que estaba utilizando su entusiasmo para ocultar la inseguridad interior.

—No tenemos que seguir el orden que marcan aquí, por supuesto. Para empezar, ya hay un par de cosas que podemos tachar —sacó un lápiz del bolso e hizo una cruz al primer paso de la lista.

—La primera cita, obviamente. Y el primer beso...

—Y hay otros que hemos hecho antes de tiempo —añadió él, señalando al final de la página con una mirada maliciosa en los ojos.

Al ver el párrafo que había señalado se puso roja: Después de un mes, os acostáis juntos.

—Sí, de acuerdo. Así es como tiene que ser. Sólo tenemos setenta y dos horas y no podemos perder el tiempo.

—También puedes tachar esta.

Con un dedo señaló a la sección Irse a vivir juntos.

—De acuerdo —Lydia podía reconocer cuando había perdido—, ha sido una idea tonta. Continúa, ríete de mí si quieres, sólo pensé...

Iba a cerrar la revista cuando Amir introdujo su mano en medio.

—¿Qué te hace pensar que me estoy riendo de ti?

—Bueno, seguro que no puedes tomarte esto en serio. Sólo quería añadir un poco de romanticismo, pero...

—Yo te prometí que tendrías el idilio de tu vida —la interrumpió él, con delicadeza—. Lydia, mírame.

Ella, testaruda, mantuvo la mirada fija en la revista. Ya no sabía a qué temía más. Si que estuviera riéndose de ella, que la encontrara ridícula, o que no estuviera riéndose. De repente, al imaginarse a Amir muy serio se le heló la sangre en las venas.

—Lydia, he dicho que me mires.

La silla rechinó en el suelo cuando él se levantó y se inclinó sobre la mesa hacia ella.

Le puso la mano bajo la barbilla y se la levantó con determinación. Durante un segundo, ella pensó en resistirse; pero él le apretó con más fuerza. Entonces, en lugar de enfrentarse a una lucha indigna, levantó la cabeza con energía y lo miró directamente a los ojos, desafiante.

—¿Te parece que me estoy riendo?

—De acuerdo. No te estás riendo —tuvo que admitir.

De hecho, nunca lo había visto tan serio, pensó ella. No había levantado la voz, no le había hecho falta; el tono grave había sido suficiente para acallar la pequeña llama de rebelión que se había encendido en su mente.

—Estás muy serio.

—Eso es porque si esto es lo que tú quieres, también lo quiero yo.

Era sorprendente lo mucho que quería creer en él. Lo mucho que necesitaba que cada palabra fuera cierta, totalmente sincera. Pero lo que le resultaba más abrumador era darse cuenta de que si no fuera verdad, tampoco le importaba.

Durante los tres días que tenía, estaba dispuesta a creer en todo. Estaba preparada para aceptar que si él decía algo, así era. Amir podía decir que la adoraba, que besaba el suelo por donde ella pisaba y, durante aquel breve espacio de tiempo, ella lo creería. No le importaba si se estaba engañando a sí misma, eso era lo que quería en aquel momento.

Después de todo, lo hacía por mantenerla allí y hacerla sentirse bien. Y lo peor, lo más peligroso, era que en realidad no tenía que hacer ningún esfuerzo para conseguirlo: ella no podía sentirse mejor con él. Él la había hechizado desde la primera vez que lo vio y ahora le resultaba imposible recuperar el control.

—Pensé que sería divertido.

—Y podría serlo. Pero piensa que lo que tenemos que hacer es retroceder un poco para dar los pasos que nos hemos saltado. Cosas como… —leyó el artículo por encima, deslizando el dedo por el texto.

—¿Como que me pides el número de teléfono y me dices que me llamarás? —dijo Lydia, escéptica—. ¿No crees que ya no hace falta?

—Quizá sí. ¿Cuál es tu número?

—Tú no… —empezó a decir ella, después se interrumpió al ver su mirada de desaprobación.

—Has sido tú la que querías hacer esto —le recordó él.

—De acuerdo.

De manera automática, le indicó el número de su teléfono móvil,

aunque como él no lo anotó, ella no le vio ningún sentido.

—Me gustaría repetir esto —dijo él, inesperadamente, mirándola a los ojos—. Te llamaré. ¿Te gustaría?

«Me encantaría».

Estuvo a punto de decírselo. Hasta llegó a abrir la boca para pronunciar las palabras; pero el pánico se apoderó de ella. No iba a comportarse como una estúpida. Amir estaba jugando un juego, siguiendo la fantasía que ella había creado. Sería la más tonta del mundo si creyera en algo de lo que dijera.

—Lláma... llámame —consiguió decir ella—. En ese número me localizarás en cualquier momento.

Durante un segundo agonizante, ella se imaginó cómo habría sido todo si las cosas hubieran sido diferentes, si se hubieran conocido en otras circunstancias. El corazón le dio un vuelco al pensar en cómo se habría sentido si ese hombre deslumbrante le hubiera dicho que quería volver a verla. Podría haber resultado ingenuo, pero sabía que se habría pasado las noches pegada al teléfono, deseando que sonara, soñando con escuchar su voz.

—Bueno, ése ya lo hemos hecho —con un movimiento firme, Amir tachó la casilla correspondiente—. Ahora, ¿qué hacemos? Ah, sí, nos vamos de compras.

—No —respondió ella con energía.

Si antes le había resultado incómoda la sugerencia, ahora le parecía cien veces peor. Si dejaba que Amir le comprara ropa, eso implicaría muchas cosas que no le gustaban.

Su suspiro fue una mezcla de incomodidad y resignación.

—¿Alguna vez haces algo sin pelearte? —preguntó impaciente.

—Ya te he dicho lo que quería.

—Ya lo sé. Pero no puedes saltarte las reglas cuando te venga en gana.

—¿Reglas? ¿Qué reglas?

Amir señaló con un dedo a la revista:

Paso diez: os hacéis regalos. Estáis tan locos el uno por el otro que queréis demostrároslo. Os sentís totalmente extravagantes y el dinero no tiene ninguna importancia.

—Ves —le dijo Amir con suavidad, murmurándole al oído—. Se supone que tengo que hacerte un regalo, y cuanto más extravagante sea, mejor.

Pero se suponía que la extravagancia del regalo sería indicativo de la profundidad de sus sentimientos por ella. No sólo para

compensarla por la inconveniencia de tener que usar la misma ropa día tras día.

—Pero yo no puedo devolverte el favor.

¿Qué se suponía que se le compraba a un hombre que lo tenía todo? ¿A un hombre cuyo padre era un jeque y él era el príncipe heredero?

—No puedo regalarte…

—Lydia, no hay nada que puedas regalarme que desee más que lo que ya me has dado.

En otro momento, en otra circunstancia, podría haber sido diferente, pensó Amir. Si hubiera tenido otro futuro, si su vida hubiera sido diferente, entonces, quizá ella habría podido ofrecerle algo. Pero en ese momento, no.

Ella tuvo que morderse el labio para no gritar de pena: ya le había dado lo que quería y no deseaba nada más de ella.

—¿Nos vamos de compras? —preguntó Amir, que no se había dado cuenta de su pena, o que había decidido ignorarla.

—De acuerdo —dijo ella, sin poder mirarlo a la cara—. Voy a recoger esto.

—Jamila lo hará.

—Amir, quizá tú estés acostumbrado a tener sirvientes, pero yo no. Yo ensucié esto, yo lo recogeré.

—Entonces, yo voy a… —comenzó a decir Amir, pero el sonido frío del teléfono le interrumpió.

—Contéstalo —le dijo Lydia—. Yo voy a recoger esto.

No iba a pensar en eso, se dijo Lydia con determinación mientras recogía la mesa y metía las cosas en el lavavajillas. No iba a darle vueltas al hecho de que ya le había dado a Amir la única cosa que quería de ella.

Aquello no era algo para toda la vida. Se había dado tres días para vivir en un sueño y aprovechar la experiencia, disfrutando de la compañía de él. No iba a permitirse tener ningún tipo de esperanza. Hacerlo, sería arriesgarse a encontrarse con el corazón roto cuando el final llegara.

Aceptaría lo que tenía y no pediría más.

Estaba secándose las manos cuando un sonido la sorprendió. Durante un segundo, no pudo imaginarse qué sería, después se dio cuenta.

¡Su teléfono estaba sonando!

Corrió hacia el bolso, agarró el teléfono y comprobó que el número que aparecía en la pantalla no lo había visto en su vida.

—¿Diga? —contestó con curiosidad.

—¡Hola! —respondió la voz de Amir, profunda y suave—. Te dije que te llamaría.

—Y lo has hecho.

Lydia se sentía enormemente agradecida de que no pudiera verle la cara en aquel momento porque la tenía roja como la grana. El corazón le iba a cien y los ojos se le habían iluminado por la sorpresa.

Así habría sido si hubiera sido una relación real. Así habría reaccionado ella si después de esperar su llamada, de soñar con ella, él la hubiera llamado. Y entonces, habría intentado sonar fría, habría pretendido que no era gran cosa, que no lo había estado esperando.

Y eso fue lo que hizo.

—¿Qué querías?

—Me preguntaba si querrías salir conmigo esta noche. Si te gustaría hacer algo conmigo, ir al cine o a cenar.

—¿Qué es esto, Amir? —preguntó incapaz de seguir fingiendo ni un minuto más.

—¿No lo sabes? —preguntó él, divertido—. Es el siguiente paso a la llamada—. Esperas toda la semana a que te llame pero el teléfono no suena —recitó él de memoria—; pero justo cuando has perdido toda esperanza, por fin llama y te pide una cita.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

—¿No crees que ya es hora de que te invite a salir? —preguntó él, alegre—. ¿Qué te parece esta noche?

—No... no lo sé.

¿De qué serviría?, le hubiera apetecido preguntarle. ¿Por qué se molestaba en invitarla a salir si los dos sabían que acabarían juntos en la cama? ¿Y no se trataban las citas de seducción? Amir no tenía que preocuparse por eso, sabía que ella no tenía elección porque era parte del trato que habían hecho.

—No estoy segura...

—Ya veo... —la interrumpió él con suavidad—. Te has pasado al seis.

Todavía había diversión en su voz, pero esa vez había una sombra oscura que le ponía los nervios de punta.

—¿Al de ponerse dura? —la risa de Lydia sonó nerviosa—. Eso sería lo que yo haría, Amir. Pero quizá prefieras que lo dejemos.

—Tú empezaste. Ahora no puedes echarte atrás. Ni siguiera estás por la mitad. Tú querías una relación supersexy y eso es lo que vas a tener.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio —respondió Amir con brusquedad—. Durante los próximos días vamos a dar todos los «pasos sensuales». Absolutamente todos.

En realidad, le daba un poco de miedo lo serio que lo decía, admitió Amir al colgar el teléfono. Había empezado para convencerla a ella y había acabado convenciéndose a sí mismo.

No, eso no era totalmente cierto. No era que hubiera acabado convenciéndose, estaba convencido desde el principio. Aquella idea estúpida y loca lo había atrapado de una manera que no le sucedía desde hacía mucho tiempo con nada. No era real, era sólo un juego, pura fantasía, pero la fantasía era algo que no había tenido en la vida. Sólo recordaba el trabajo duro, la determinación y el compromiso. Y el futuro que había elegido parecía ir por ese camino.

Quizá era el momento de jugar un rato. Disponía de ese pequeño intervalo entre una vida y otra. Podía disfrutar de un poco de diversión inesperada antes de que la fría realidad volviera a cerrar las puertas ante él.

—Pero no lo necesito.

—¿De verdad crees que eso importa?

El tono de Amir era de resignación, pero Lydia, que era muy perceptiva, se dio cuenta de la impaciencia que se escondía tras sus palabras. Era realmente sorprendente lo bien que lo conocía, la facilidad con la que podía predecir sus cambios de humor.

Durante la mayor parte del día, había mostrado un talante divertido y generoso. Había gastado tanto dinero en ella que estaba asustada. Rápidamente, había aprendido que no podía pararse a mirar nada, que no podía tomar nada para admirarlo porque Amir se lo compraba antes de darse cuenta, añadiendo otro paquete a la enorme colección que ya había pedido que le llevaran a casa.

Pero ese vestido era diferente. Tenía un precio desorbitado, incluso para la tienda exclusiva en la que estaban. También era lo más glamuroso que había visto en su vida, el tipo de vestido que nunca tendría la ocasión de lucir.

—¿Te gusta?

—¿Cómo podría no gustarme? —dijo mientras contemplaba su reflejo en el espejo, sorprendida de que aquella mujer fuera ella.

El vestido era de seda color añil y consistía en una falda con vuelo y en un corpiño ajustado con dos tirantes finos. Tenía pequeños cristales diseminados por toda la tela, que daban la impresión de ser gotas de rocío.

El color azul hacía cosas maravillosas a sus ojos y el diseño perfecto hacía que pareciera más alta y más delgada.

—Me encanta.

—Entonces, es tuyo.

—¡No!

Se volvió hacia el hombre sexy con el que llevaba todo el día. Estaba sentado en una butaca, admirándola con una mirada profunda.

—Es demasiado caro y nunca tendré ocasión de ponérmelo.

—El dinero es una insignificancia y lo vas a necesitar para el paso veinticuatro.

—¡Amir!

Lydia estampó el pie contra el suelo mirándolo frustrada porque no la había escuchado en todo el día. La mujer que estaba cerca de

ella, la miró sorprendida, como si estuviera loca. ¿Por qué si no se iba a quejar porque su generoso amante quisiera gastarse con ella una pequeña fortuna?

—¿Qué es lo que dice el veinticuatro?

—¿Quieres que te lo lea? —preguntó él sacándose un papel del bolsillo.

Lydia recordó que justo antes de salir de casa, él se había dirigido hacia la cocina y había arrancado las hojas de la revista. Cuando ella le preguntó sorprendida que para qué las quería, él le respondió que era la agenda para los próximos días. Que no quería olvidarse de nada.

Lydia intentó recordar qué decía el paso veinticuatro, pero no lo logró. Especialmente, porque, en ese momento, Amir estaba llamando a la dependienta.

—Nos quedamos con él —le dijo—. Y con el resto… —añadió señalando un montón de vestidos, faldas, blusas y pantalones que Lydia se había probado y que estaban colgados sobre una barra fuera del probador.

—¡Amir, no! —protestó, horrorizada por la cantidad de dinero que se iba a gastar.

—¡Sí! —la contradijo él—. Recuerda que la etapa número diez indica que tiene que ser extravagante.

Ella abrió la boca para discutirle, pero una mirada rápida hizo que la cerrara de golpe.

No le había costado mucho descubrir que Amir había dibujado una línea que nunca le iba a dejar traspasar.

Lo había aprendido ese mismo día. Se habían parado a comer en un elegante restaurante y animada por la postura relajada de él, había intentado satisfacer su curiosidad. Había tanta complicidad entre ellos… habían tenido una relación tan íntima… y, aun así, sabía tan poco sobre él…

Durante la comida, él le había preguntado por su familia, por su vida antes de encontrar el trabajo en California y ella, inspirada por su habilidad para escuchar, se lo había contado todo. Le había hablado de sus padres, de su primer trabajo en un hotel rural, de su trabajo de dirección en el hotel de Leicester…

Le había contado todo sobre ella, incluso la incómoda relación con Jonathan y cómo la había dejado. Así pues, cuando se estaban tomando el café, ella pensó que era su turno para hacer preguntas.

—¿Y tú? —le preguntó de manera impulsiva—. ¿Qué me cuentas de tu familia? ¿Cómo es posible que tengas un inglés tan perfecto si tu padre es un jeque árabe?

Amir dejó su taza sobre el plato con fría precisión.

—Mi madre era inglesa —respondió él—. Y yo crecí en Inglaterra.

—¿Tus padres no vivían juntos?

—Se separaron cuando yo tenía dieciocho meses.

—¡Oh! ¡Qué pena! ¿Por qué?

En aquel momento, las señales de peligro fueron evidentes. La tensión de su mandíbula y los labios apretados fueron suficientes para darse cuenta de que debía ser más cautelosa.

—Él creyó que le había sido infiel.

Todavía estaban allí, reconoció él con una cierta sorpresa. El dolor y el sentimiento de traición no habían desaparecido como él había llegado a pensar. Sólo había hecho falta una pregunta indiscreta y todo el sufrimiento había vuelto a aflorar.

—No confiaba en ella. Y era demasiado viejo, demasiado anticuado para entender que una mujer podía tener un amigo del sexo opuesto sin que hubiera nada más entre ellos.

—¡Qué pena! Pero me sorprende que te dejara marcharte con ella. Normalmente, un jeque se habría quedado con su hijo.

Amir dejó la cucharilla sobre la mesa con un golpe. Él también había creído lo mismo. Había pensado que su padre no lo habría dejado marchar por su propia voluntad o, al menos, que lo recibiría con los brazos abiertos cuando él volviera.

No le apetecía seguir con aquella conversación. Se había prometido a sí mismo que disfrutaría de ese corto espacio de tiempo con ella y de que se olvidaría del pasado o del futuro. Su padre ya le había hecho suficiente daño.

—¿Por qué...?

—Lydia, ya basta.

—Pero...

—He dicho que ya basta.

—Sólo...

Ni siquiera pudo acabar la frase.

Él se había levantado de la silla como un resorte diciéndole:

—Me marcho. ¿Te vienes o no?

Con una señal apenas imperceptible llamó al camarero. Pagó la cuenta y sin decir una palabra más le dio la espalda y se dirigió a la salida.

No hizo ningún gesto que le indicara que tenía el más mínimo interés en si ella lo seguía o no. Lydia se dio cuenta de que pensaba salir de allí, dejándola atrás sin pensárselo. Así que decidió que tenía que darse prisa si no quería perderlo para siempre.

—¡Espérame! —se quejó ella—. Amir, no puedo seguirte a este ritmo.

La mirada abrasadora que le dedicó pareció decirle que no le importaba si podía seguirlo o no.

—¿Por qué te pones así? ¿Sólo te estaba haciendo las mismas preguntas que tú me has hecho a mí? No pensé que se trataba de un secreto de estado. Algo que pudiera hacer estallar la Tercera Guerra Mundial.

—No seas absurda.

¿Qué estaba haciendo? No había querido que el recuerdo de su padre empañara ese idilio y eso era exactamente lo que estaba sucediendo.

—Lo siento —añadió aún serio—. No me gusta hablar de mi familia. No son importantes para lo que nos está sucediendo. Sólo importamos tú y yo.

Tú y yo.

Entonces, él hizo algo que borró la discusión de su mente por completo. Después de echarle un vistazo al reloj, sacó de su bolsillo una caja pequeña envuelta en papel de regalo y se la entregó.

—Feliz aniversario.

—¿Qué aniversario?

—Ahora hace exactamente un día que nos conocimos. Es nuestro primer aniversario.

Lydia volvió a la realidad de la tienda y a la enorme cantidad de cosas que le iba a comprar. Llevaba el reloj en la muñeca y eso le hizo recordar que tenían muy poco tiempo. No iba a desperdiciarlo discutiendo con él. Sólo serviría para que después se arrepintiera. Por eso se obligó a sonreír.

—De acuerdo. La número diez —dijo ella, recordando la etapa de los regalos extravagantes.

Cuando salieron de la tienda, apenas podía contener la risa.

—¿Has visto la expresión de la dependienta? ¡La número diez! ¡La pobre mujer debió pensar que hablábamos de posturas en la cama!

—Entonces me estaba leyendo el pensamiento —contestó Amir con una voz enronquecida por el deseo mientras que con la mirada la hacía temblar de los pies a la cabeza—. Porque eso era exactamente en lo que yo estaba pensando.

En cuanto él pronunció aquellas palabras, eso fue en lo que ella se puso a pensar. A la mente le vinieron imágenes que le resultaron indecentes para una calle tan llena de gente. Y, a pesar de que había comenzado a nevar de nuevo y hacía mucho frío, sintió que la

sangre le hervía en las venas.

—Yo también —murmuró, con voz temblorosa.

—Vamos.

Amir le pasó un brazo por la cintura, apretándola contra su cuerpo.

—¿Tienes alguna compra más que hacer?

—Ninguna.

—Pues vámonos a casa.

A casa. Lo había dicho como si también fuera la casa de ella, pero ella sabía muy bien que nunca sería así. Durante los siguientes días, sería el lugar donde viviría, comería y dormiría. El lugar donde haría el amor con él. Pero al final, recogería sus cosas y se marcharía para nunca volver. De repente, se sintió muy triste.

—Amir... esto no puede funcionar —dijo con el corazón en un puño.

Desde luego, era la última cosa que él esperaba oír.

—¿Por qué dices eso ahora? Tenemos un trato ¿Acaso no estás contenta? ¿Qué más quieres?

Ahí estaba el problema, pensó Lydia. Había dado de lleno en el clavo, de lleno en su corazón, que era donde el problema residía.

«¿Qué más quieres?», le había preguntado él. Pero con esa pregunta se refería a cosas materiales y el problema era que lo que ella necesitaba era emocional, algo que nunca iba a darle.

—Amir... —protestó ella—. Estás bloqueando la acera.

El hizo un gesto que indicaba lo poco que le importaba eso.

—Necesito saber qué es lo que te está carcomiendo. Así que no pienso moverme de aquí hasta que me lo digas.

Lydia se arrepintió inmediatamente de haber abierto la boca. ¿Qué respuesta podía darle ahora?

«¿Creo que me estoy enamorando de ti?».

Era lo único que no podía decir. Era lo último que él quería oír.

El amor no era parte del trato. Y ese trato era todo lo que podía ofrecerle.

—Lydia... —dijo con un tono que indicó que estaba comenzando a perder la paciencia—. ¿Me lo vas a decir por las buenas o tengo que sacártelo yo? Hace dos minutos deseabas ir a casa tanto como yo. ¿No es así?

Lydia no podía mentirle.

—Sí.

—Entonces, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Algo que he dicho o que he hecho?

En aquel momento, se fijó en el escaparate de la tienda y vio a la

vendedora envolviendo todo lo que habían comprado.

Entonces se dio cuenta.

¡Y él que había pensado que ella era diferente!

Se dio cuenta de lo equivocado que había estado al pensar que no era como las demás. Y eso le dolió, le dolió mucho.

—Ya entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Tienes todo lo que querías así que ahora resulta que «esto no puede funcionar» —la amargura de su tono le rompió el corazón—. Como ya lo has conseguido todo, ahora quieres echarte para atrás.

—No —la protesta de Lydia apenas fue un gemido doloroso.

—¡Sí! —la contradijo él con brutalidad—. Pero déjame que te diga algo. Has ido demasiado deprisa porque eso no era todo lo que pensaba regalarte.

«¡No!».

Lydia no podía soportarlo más. No podía escuchar aquella voz helada y acusadora.

—No, no, no. Por favor, Amir. Estás muy confundido.

—¿Ah, sí? Dime entonces de qué se trataba.

¿Qué podía decirle ella que no la delatara y que él pudiera creer?

—Tu... tuve miedo. Todo ha sucedido tan rápido... Nunca había tenido una experiencia así.

Era sorprendente la necesidad que tenía de creer en ella. De creer que aquella cara suplicante era auténtica y no un juego. Entonces, empezó a notar que la furia remitía.

La nieve había empapado el pelo de Lydia y Amir observó una gota que empezaba a deslizarse por la frente, lentamente. Sin pensárselo, levantó una mano y se la limpió antes de que pudiera caer en uno de aquellos preciosos ojos azules.

El contacto fue breve pero los dejó a los dos petrificados, con los ojos clavados en los del otro.

Amir sintió que el corazón se le paralizaba.

—Amir —murmuró Lydia—. Por favor...

De repente, supo que no le importaba. No le importaba si estaba fingiendo o no. Se había prometido a sí mismo tres días, después, ella se marcharía. ¿Cuánto podría llevarse en tan poco tiempo? Y deseaba aquellos tres días más de lo que había deseado nada en la vida. Ni siquiera el afán del reconocimiento de su padre había sido tan fuerte y tan fiero como aquél. Era como un fuego abrasador que ardía en sus entrañas.

—Tuve miedo... —continuó Lydia, pero él no quiso que dijera

nada más.

La pasión se había desatado en su interior, impidiéndole pensar. Sólo era consciente de la necesidad apremiante de su cuerpo. No quería palabras.

—No hables —le dijo, presionando con un dedo sobre los labios de ella—. No digas nada más. Estamos perdiendo el tiempo. Un tiempo que no tenemos. Sólo te pido dos días, seguro que puedes dármelos.

—Sí —susurró ella—. Por supuesto que puedo.

—Ven aquí —dijo él apretándola con fuerza contra el pecho.

Con una mano le levantó la barbilla y tomó su boca con tal pasión que de los labios de ella escapó un gemido de rendición.

9

Aunque el trayecto al piso de Amir era corto, a ellos se les hizo largo e insoportable. La atmósfera en la parte de atrás del coche estaba tan caldeada, tan cargada de deseo, que si no hubiera sido porque Nabil iba al volante, habrían hecho el amor allí mismo.

Arropado por la oscuridad, Amir la tomó en brazos y la besó apasionadamente. Empezó con la boca y continuó con la garganta, deslizándose, después, hacia la oreja, donde permaneció un buen rato, mezclando los besos con palabras, susurros de las cosas que le iba a hacer en cuanto llegaran a casa.

Cuando llegaron al piso de Amir, todo resultó como había prometido.

En cuanto cerró la puerta a sus espaldas y se encontraron solos en la oscuridad del vestíbulo, la volvió a tomar en brazos y la sometió a un ataque sexual que hizo que la cabeza le diera vueltas y el corazón le latiera desaforado.

Ella estaba tan excitada e impaciente como la primera noche. Pero Amir mostraba una actitud diferente. Su seducción era más lenta y sensual. Arrastraba cada beso, cada caricia, lentamente, hasta que ella gemía de placer, suplicándole que se apresurara.

—¿Apresurarme? —su voz ronca sonó como una caricia burlona —. No, cariño, esta vez no. Anoche no podíamos esperar y no sabíamos cuánto tiempo tendríamos. Hoy tenemos todo el tiempo del mundo.

Esa vez, su viaje a la planta de arriba fue lento. En cada escalón, se detenía a besarla, a acariciarla. Cuando alcanzaron el descansillo, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. Allí la tumbó con delicadeza sobre la cama, se tumbó a su lado y comenzó a cubrirla de besos.

Ella apoyó la cara en su pecho y notó que los latidos de su corazón retumbaban con la misma intensidad que el de ella, revelando la misma excitación.

Entre suaves caricias y palabras dulces en el idioma de sus ancestros, fue quitándole la ropa.

—Esto es lo que realmente va bien entre nosotros —le dijo entre besos—. No tenemos que seguir ninguna lista para asegurarnos de que funciona.

Ella recibió en su interior el duro empuje de su poderosa

excitación, deseando que el placer que le producía eliminara de su mente las dudas y los miedos que la habían invadido antes. Aquello era lo que ella quería: esa pasión abrasadora y salvaje que anulaba el pensamiento y la hacía sentir que no podía haber nada mejor.

—¿Qué más hay en esa disparatada lista? ¿Qué pasos nos faltan?

Amir estaba recostado en un sillón en el salón, con una taza de café en la mano y el periódico abierto sobre las piernas.

—Veamos.

Lydia desdobló la página de la revista y le pasó la mano por encima para alisar las dobleces. La hoja tenía un aspecto ajado después de salir y entrar del bolsillo de Amir durante un día y medio.

Ya habían tachado muchas etapas, pero todavía quedaban bastantes.

—De algunas vamos a tener que olvidarnos —continuó ella con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —preguntó Amir, estirándose con pereza, pasándose las manos por el pelo negro y sedoso.

—Bueno. Resultaría bastante difícil organizar la fiesta de Navidad en febrero. Además, es un poco pronto para el día se San Valentín y mi cumpleaños es el catorce de junio.

—Quizá podamos encontrar algo que sustituya esas fiestas —le dijo Amir, levantándose con un movimiento ligero y elegante—. Aunque si esta nieve no deja de caer —añadió asomándose a la ventana—, quizá nos encontremos aquí hasta abril, esperando a que abran los aeropuertos.

Una nota rara en su voz le dolió en lo más profundo.

—Y, por supuesto, eso te desagradaría.

Su respuesta hizo que se volviera hacia ella con una mirada de desaprobación.

—¿Por qué dices eso?

Cuando adoptaba ese talante parecía un verdadero jeque del desierto, el príncipe heredero de Kuimar de la cabeza a los pies. En aquellas ocasiones, le resultaba fácil imaginárselo vestido con la túnica de sus antepasados, cabalgando por el desierto.

—¿Por que me iba a desagradar? —insistió él.

—Bueno, te apartaría de lo que tienes que hacer dentro de dos días. Tiene que ser algo muy importante.

—Lo es.

Bueno, ella se lo había buscado, tuvo que admitir Lydia. Se lo

merecía por recordarle que su relación era temporal. Aunque, a decir verdad, él no parecía haberlo olvidado. De hecho, lo primero que había hecho por la mañana, a pesar de que la nieve no había dejado de caer en toda la noche, había sido llamar al aeropuerto.

—Y lo sabías muy bien antes de que todo comenzara —continuó Amir con reprobación—. Así que no vayas a decirme ahora que te lo estás pensando.

—¿Yo? ¿Pensándomelo? —la lucha por ocultar el dolor hizo que su voz sonara un poco estridente—. En absoluto. Pero estaba preguntándome si te lo estarías pensando tú.

—¿Sobre acabar la relación después de estos días?

La mirada que le dedicó hizo que el corazón se le encogiera. Si por alguna casualidad hubiera soñado con que aquello durara algo más, aquella mirada la habría despertado en un segundo.

—No me refería a eso. Estaba pensando que quizá ni siquiera quisieras llegar tan lejos. Llamaste al aeropuerto anoche y también esta mañana.

—Pensé que tenías un trabajo al que ir.

—Bueno... sí... claro...

Desde luego, aquél no era el momento para decir que si él pronunciara la palabra correcta, si le pidiera que se quedara, si le hablara de amor, ella reconsideraría su viaje a California.

Era realmente tonta. Tan tonta que si él le hubiera dicho que le gustaría que ella se quedara, ella se habría sentido tentada de hacerlo.

Pero era obvio que Amir no pensaba decir nada parecido.

—Y yo tengo compromisos en otra parte.

—¿Qué tipo de compromisos?

«No, Lydia, ésa es la pregunta equivocada. Si él quisiera que lo supieras, te lo habría dicho desde el principio».

Para su sorpresa, Amir le ofreció una respuesta.

—Tengo que volar a Kuimar en cuanto el jet pueda despegar.

De alguna manera, aquello no sonaba igual que hacía cuarenta y ocho horas, pensó Amir. Hacía dos días, estaba completamente convencido de que era lo mejor. Ahora, parecía que ya no se sentía tan a gusto con los planes que su padre había hecho para su futuro.

—Mi padre me espera.

—¿Y tú tienes que ir?

A veces le parecía que ella le leía el pensamiento. Además, tenía la habilidad de poner el dedo en la llaga.

—Sí, tengo que ir —dijo él con más ímpetu del que había deseado—. Lo que es más: quiero ir. Kuimar es mi país, y yo

pertenezco allí, aunque creciera en otro lugar.

—¿Por qué no creciste allí?

En cuando hizo la pregunta, deseó no haberla hecho. Era obvio que él le había dicho más de lo que pretendía y tenía miedo de que su pregunta impulsiva lo hiciera retraerse tras aquella barrera que había levantado entre ella y su vida privada.

Para su sorpresa, él se dirigió hacia el sillón que había abandonado hacía unos instantes.

—Cuando mi padre se divorció de mi madre, también renunció a mí. Creyó que yo no era hijo suyo, sino del hombre con el que había estado mi madre. Durante muchos años, no quiso saber nada de nosotros. Por eso crecí en Inglaterra. De hecho, mi padre sólo me reconoció como su hijo hace un par de años.

—Debe haber sido terrible, para tu madre y para ti.

La boca de Amir se torció en un gesto amargo y su mirada se perdió en un punto de la moqueta.

—Mi madre murió sin reconciliarse con mi padre. Durante muchos años, él ignoró mi existencia por completo... incluso cuando nuestros caminos se vieron forzados a encontrarse.

—¿Cómo?

El gesto de él se acentuó.

—Yo me dedico a la cría de caballos de carrera. La mayor obsesión de mi padre, después de su país, es la carrera de obstáculos.

—¡Oh, Amir!

Lydia deseó acercarse a él, abrazarlo, decirle algo para mostrarle su apoyo. Pero la máscara fría y distante que era su cara se lo impidió.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Sus otras esposas no le dieron el hijo que quería. Desafortunadamente para mi padre, aparte de mí, sólo tiene hijas. Al final, se vio presionado por la tensión creciente en el país por la falta de un heredero. Estuvo de acuerdo en atenerse a los resultados de un examen de ADN.

—¿No podía aceptarte sin eso?

—Querida Lydia, había un trono y un país en juego. Si yo hubiera sido un impostor, habría deshonrado su estirpe para siempre.

—¿Y tú qué hiciste?

—Yo hice lo que tenía que hacer —le dijo él con sencillez.

No tenía que explicarle el mazazo que aquello había sido para su orgullo. Lo podía ver en sus ojos y en la tensión de su mandíbula.

Estaba empezando a comprender por qué estaba tan convencido de unirse a su padre en Kuimar lo antes posible. Había luchado tanto por su lugar que ahora no iba a correr el riesgo de perderlo. Costara lo que costara.

Y eso la colocaba a ella en su lugar, se dijo con tristeza. Ella no significaba nada en la vida de Amir. Sólo quería usarla para su placer y luego rechazarla. Después de todo, ¿qué tenía ella contra la atracción de un reino?

Sería mucho mejor que acabara con todo aquello en aquel mismo instante. Le dolería terriblemente, pero cuanto antes, mejor.

Abrió la boca para decírselo, cuando el timbre de la puerta sonó dejándola perpleja. De manera inesperada, la expresión de Amir se iluminó. Un nuevo brillo apareció en su mirada, incluso en sus labios apareció la sombra de una sonrisa.

—¿Por qué no vas a ver?

—¿Yo? Pero no será para mí. Nadie sabe...

—Ve a ver.

El tono imperativo de su voz no le dejó otra opción que obedecerlo. Lydia se puso de pie y se dirigió a la puerta sin hacer más preguntas.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—¿La señorita Ashton? Le traemos un envío.

—¿Para mí? Pero...

Las palabras le faltaron cuando vio el enorme ramo de rosas rojas en las manos del hombre. Y detrás de él había otro hombre con otro ramo igual... y otro... y otro...

Lydia se apoyó contra la pared, incapaz de decir nada. Después, les indicó el camino de la cocina para que dejaran las flores sobre la mesa. Entonces, apareció Amir que les dio una propina generosa y los acompañó hasta la salida.

—¿Has hecho tú esto?

Su sonrisa era amplia.

—Feliz día de San Valentín, Lydia. Nuestro día de San Valentín.

Lydia se quedó muda.

Primero fue el día de San Valentín, con la rosas, la tarjeta y un vestido de noche envuelto en papel de seda. Unas horas después, Pascua. A la puerta llegaron con el huevo de chocolate más grande que había visto en su vida, acompañado de cestas de tulipanes, claveles y margaritas.

—¡Amir! ¿Te has vuelto loco? ¡Debes haber comprado toda una floristería! ¡Y ese huevo de chocolate...!

—¿Me vas a decir que no te gusta el chocolate?

—No, me encanta. Pero nadie se podría comer ni un cuarto de ese huevo.

—¿Quién te ha dicho que sea para ti sola?

Lo compartieron en la cama.

Primero, Amir empezó a darle trocitos del exquisito bombón, igual que había hecho con el melocotón. Luego, Lydia encontró verdadero placer en untarle el cuerpo con el chocolate para chuparlo después con tanta delicadeza que lo hacía gemir de placer. Más tarde, hicieron el amor con la dulzura de la golosina en los labios, que mezclada con el sabor íntimo de cada uno de ellos, formaba un explosivo cóctel erótico.

Después de hacer el amor, con el cuerpo cansado y dichoso. Amir alcanzó la página de la revista.

—¿Qué viene ahora?

—¿Ahora? —preguntó Lydia incrédula—. Por favor, Amir, no puedes hablar en serio.

Él sencillamente sonrió y le dio un beso en el pelo.

—Te prometí el idilio de tu vida —murmuró contra su pelo—. Y eso es lo que pienso darte. Pero todavía no. Todavía estamos en Semana Santa —añadió con la voz ronca, abrazando su cuerpo desnudo—. Todavía es primavera. Y ya sabes lo que dicen de la primavera.

—A ti te da igual que sea primavera, verano, otoño o invierno… —respondió Lydia, pero tuvo que contener el aliento porque él le agarró los pechos para acariciarlos con la boca.

Con la lengua excitó los pezones hasta que estos se pusieron duros y Lydia tembló de deseo. Después, se introdujo uno en la boca y lo succionó con fuerza. Con un anhelante grito de rendición, Lydia se volvió a entregar a su pasión.

Alrededor de las tres de la noche, Lydia se dio cuenta de que era incapaz de dormir y salió de la cama sin hacer ruido. Miró a Amir que parecía completamente dormido y se puso la bata de seda color marfil antes de marcharse de puntillas hacia el salón.

Debería haberse quedado dormida con la misma facilidad que él, pensó mientras se acurrucaba junto a las brasas del fuego que él había encendido aquella misma noche. Pero al igual que le solía pasar cuando era pequeña en situaciones especiales, le había resultado imposible conciliar el sueño. Todavía estaba demasiado emocionada por los acontecimientos del día.

¡Y vaya día! Habían tenido momentos maravillosos, momentos en los que habían disfrutado mucho y en los que se había sentido como si la sangre le estuviera bullendo en las venas. Le parecía que estaba viviendo en un mundo de fantasía donde sólo tenía que formular un deseo para que éste le fuera concedido.

Aquella misma tarde, acababan de hacer el amor y Lydia se estaba aún recuperando cuando Amir salió de la cama, se puso los vaqueros e hizo unas cuantas llamadas telefónicas. Lydia no sabía de qué iba todo porque había hablado en árabe, pero las respuestas que había obtenido debían haberle satisfecho porque su sonrisa era radiante.

—Vamos, habibti —le dijo Amir—. Es hora de levantarse, nos vamos de vacaciones.

—¿Qué? Amir... no podemos...

—Está en la lista. Es el número...

—No me lo digas. Lo sé. Número diecinueve: Sol, mar y playa. Pero estamos en Londres, en medio de una tormenta en febrero. ¿Cómo...?

—Ya lo verás. Confía en mí.

¡Que confiara en él! Lydia sintió que si su vida dependiera de él, estaría segura de que cuidaría de ella y se aseguraría de que todo saliera bien.

Si había alguna manera de fabricar sol, mar y playa, entonces Amir lo haría. No le cabía la menor duda.

Aun así, le sorprendió mucho cuando el chófer los llevó a un gimnasio de lujo que había por aquella zona. En aquel lugar, la piscina no era normal, sino una playa idílica en miniatura, con su

arena, palmeras y una máquina especial de hacer olas.

El sol estaba producido por unas lámparas de rayos, así que no les faltaba de nada. Amir se había encargado de pedir un biquini para ella y, para su sorpresa, no sólo le quedaba perfecto sino que resaltaba su figura de manera maravillosa.

Lydia se había encontrado muy bien al verse en el espejo, pero los ojos de Amir al mirarla le dijeron que estaba espléndida.

—En cuanto lo vi, supe que era perfecto para ti —le dijo con la voz ronca—. Pero nunca me imaginé que fuera tan perfecto.

Lydia sólo pudo asentir, incapaz de decir nada. No había estado preparada para la visión de Amir saliendo de la piscina con el cuerpo bronceado empapado en agua. El pelo mojado hacia atrás, cada músculo tonificado, las gotas de agua brillando contra su cuerpo moreno.... era una imagen perfecta.

—En mi país el agua es la mayor riqueza —le dijo, tomándola de la mano—. Ven conmigo, habibti, vamos a bañarnos. Sólo tenemos un verano muy corto, no desperdiciemos ni un segundo.

El «verano» que Amir le ofreció sólo duró un par de horas. Cuando Lydia guardó su biquini, lo hizo con la mayor de las penas. Y no sólo porque se acabaran las vacaciones, sino también porque las horas que les quedaban juntos eran cada vez menos.

Cuando Lydia se unió a Amir en la limusina que los iba a llevar de vuelta a casa, tenía los ojos llenos de lágrimas que no se atrevía a derramar.

—¿Tenemos que marcharnos? —preguntó con un suspiro.

—Hasta las vacaciones más perfectas tienen que acabar, cariño —dijo tomándola de la mano—. Pero quizá esto te ayude a animarte. Es nuestro segundo aniversario, felicidades.

Con «esto» se refería a un paquete envuelto en papel de regalo que se sacó del bolsillo. Cuando Lydia lo abrió comprobó que contenía un precioso par de pendientes de diamantes.

—¡Oh, Amir!

Era un regalo espectacular. Los pendientes eran exquisitos, pero lo que más la sorprendió, encogiéndole el corazón de satisfacción, fue comprobar que se había acordado del minuto exacto en que se conocieron.

—Amir, son preciosos. No sé cómo agradecértelo.

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó con una voz cavernosa mientras la sujetaba por la cintura y la atraía hacia él—. Creo que lo sabes demasiado bien —murmuró contra su boca—. Los dos lo sabemos.

Su beso fue como una promesa que hizo que una oleada de calor

le recorriera todo el cuerpo.

Lydia se revolvió inquieta en el asiento por el apetito que él había despertado y que sólo él podía saciar. De nuevo, el viaje a casa iba a ser un tormento interminable.

—Sí —suspiró ella rendida por completo—. Lo sé muy bien.

Había esperado que en cuanto llegaran a casa la llevara al dormitorio, pero estaba equivocada. En lugar de eso, en cuanto entró en el piso se quedó petrificada mirando a su alrededor maravillada.

Parecía que mientras habían estado fuera, un grupo de enanos afanosos se había dedicado a decorar la entrada y el salón con adornos navideños. No faltaba de nada. En una esquina había un enorme árbol decorado con luces y cintas de todos los colores y, bajo él, un montón de paquetes de todos los tamaños. El comedor estaba iluminado con velas y de la chimenea colgaba un par de calcetines.

—Feliz Navidad, cariño —le murmuró Amir al oído, pero esa vez ella no encontró palabras para agradecérselo.

Sólo fue capaz de quedarse quieta mirando a su alrededor, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

Y eso no había sido todo, recordó Lydia, ajustándose la bata mientras miraba a las brasas que cada vez calentaban menos.

Jamila les había preparado una cena suculenta que regaron con champán.

Pero al igual que las vacaciones de por la tarde, la Navidad se acabó a las pocas horas. La habían prolongado al máximo quedándose levantados hasta las doce para brindar por el Año Nuevo. Después de aquello, Amir le hizo el amor sobre una mullida alfombra frente al fuego y la voluptuosidad de su orgasmo fue el broche perfecto para un día perfecto.

Pero ese día ya había terminado, pensó Lydia con un suspiro. Alcanzó un tronco de la cesta y lo echó sobre las ascuas. La madera prendió con facilidad y las llamas volvieron a calentarle el cuerpo, aunque no el alma.

Un día feliz no podía durar siempre.

«Siempre». Una palabra que Amir no podía ofrecerle.

Por eso estaba ella allí, incapaz de dormir.

Se sentía muy triste y no pudo evitar que las lágrimas le corrieran por las mejillas. No eran las lágrimas de felicidad que derramó cuando vio todos los regalos que él le había comprado ni los sollozos de éxtasis que se le habían escapado mientras hacían el amor. Era un llanto amargo de pena porque el tiempo se acababa e

iba a tener que hacer frente a un futuro sin él.

—Lydia...

El sonido de la voz de Amir la sorprendió y levantó la cabeza hacia la puerta. Como siempre le sucedía al verlo, su corazón saltó de alegría. Incluso con el pelo alborotado y los ojos soñolientos tenía un aspecto divino.

—Lo siento. ¿Te he despertado? Intenté salir sin hacer ruido...

—No; no me has molestado. Sólo estaba medio dormido.

Era sólo una verdad a medias, se dijo Amir. La verdad era que la había echado de menos. Sólo un par de segundos sin ella y su ausencia había penetrado el sueño ligero. Apenas había cerrado la puerta tras de sí, y él ya estaba completamente despierto mirando al techo.

Al principio, había pensado quedarse allí y esperar a que ella volviera. Imaginó que no tardaría mucho y cuando volviera podía fingir que lo había despertado. Sería la excusa perfecta para rodearla con los brazos y volver a hacerle el amor. Sólo con pensarlo su cuerpo se endurecía.

Pero Lydia no había vuelto. Y al permanecer allí a oscuras, despierto, había tenido mucho tiempo para pensar. Quizá por la oscuridad, quizá por el silencio, había sido especialmente consciente de todo. Desde el cálido espacio donde Lydia había estado tumbada hasta el tictac del reloj. El sonido era demasiado fuerte para no recordar lo poco que le quedaba a su relación con ella.

Pronto, ella estaría en los Estados Unidos.

¿Cómo se sentiría él entonces?

De repente, sintió que estaba demasiado intranquilo por lo que decidió ir a buscarla.

—¿No podías dormir?

Ella negó con la cabeza y la llamas brillaron en su pelo y en su cara. Amir tuvo que controlar el impulso instintivo de tomarla de nuevo.

—No. Demasiadas emociones para un día.

Amir se sentó a su lado.

—¿Te apetece tomar algo caliente?

Lydia volvió a negar con la cabeza y a Amir le costó más controlar la respuesta de su cuerpo porque aquella vez también le embriagó su aroma.

—Lo que me gustaría es hablar.

—¿De qué quieres hablar?

—De ti.

Lydia notó que no le había gustado la respuesta. Vio que echaba la cabeza hacia atrás y que la miraba con los ojos entrecerrados. El cuerpo tenso.

Un par de días atrás aquella reacción la habría hecho callarse, pero ahora tenía poco que perder.

Sólo les quedaba un día y no podía marcharse de allí sin saber más cosas sobre él.

—Sé justo, Amir. Tú lo sabes todo sobre mí. Sobre mi trabajo, mi familia, mis amigos. Ahora me toca a mí.

Pero lo que él tenía en la cabeza en aquel momento no se parecía en nada a una charla. El fuego era más fuerte y las llamas doradas la iluminaban creando dibujos color bronce en su pelo. Su imaginación se había desbordado y estaba imaginándose haciéndole el amor de nuevo sobre la alfombra mientras la luz de las llamas jugaba sobre sus cuerpos desnudos.

Pero una segunda mirada a su cara le indicó que eso no era lo que ella tenía en mente. Quizá la espera hiciera que luego fuera mucho mejor, más deseado y, por lo tanto, más satisfactorio. El placer ardiente que habían compartido durante las veinticuatro primeras horas había sido salvaje, devastador. El mejor sexo que había tenido nunca. Pero también había aprendido a disfrutar de los momentos más tranquilos. Estar sentado con ella junto al agua, acariciándole el pelo, o seguir con ella el ritual del nuevo año que ella había sugerido.

—Tenemos que escribir las cosas del año pasado que queremos dejar atrás y quemarlas con una vela especial —dijo ella—. Después, escribimos las cosas buenas que queremos para el año siguiente y las guardamos.

Como él había supuesto, el año pasado se refería al tiempo desde que se conocían. Eso era fácil; lo único de lo que se arrepentía era de no haberla conocido antes. Otro día, en otro momento en el que hubiera podido estar con ella más tiempo para conocerla mejor y para disfrutar más de la pasión que ardía entre ellos.

Pero quizá, era mejor así. En tres días no había miedo de que la pasión se desvaneciera, o peor aún, de que el aburrimiento hiciera mella en ellos.

—De acuerdo —aceptó él—. ¿Qué quieres saber?

Lydia no se lo podía creer; había esperado que se negara en redondo.

Lo miró a los ojos y notó que algo había cambiado. La pasión que había brillado en su ojos hacía escasos segundos había desaparecido. Lydia había temblado al verla y sabía que se habría

rendido si él lo hubiera intentado.

Su mirada le dio miedo y decidió empezar con algo seguro.

—Háblame de los caballos que crías.

Eso fue fácil. Inmediatamente, él empezó a describirle los caballos de pura sangre que tenía. De allí pasaron a su niñez en la finca de su tío en la que creció como un niño inglés más, pero sin olvidar que era diferente a los demás.

—¿Cuándo te enteraste de la verdad? ¿Que tu padre era un jeque?

—El día que cumplí once años.

Amir se volvió para mirar el fuego y las llamas se reflejaron en su mirada de ébano.

—Mi padre fue a visitar las cuadras del padre de un amigo mío y, como era verano, yo estaba allí, ayudando con los caballos. Yo saqué uno de los caballos en el que estaba interesado y él, en lugar de mirar al animal, no me quitó los ojos de encima. Era exactamente igual que él cuando era pequeño.

Amir alcanzó un tronco de la cesta y lo echó al fuego.

—Cuando le conté a mi madre lo que había sucedido, decidió que quizá había llegado el momento de contarme la verdad.

Lydia se mordió el labio, imaginándose cómo se habría sentido. Le puso una mano sobre la rodilla y él puso la suya encima y entrelazó los dedos con los de ella.

—Desde aquel momento, juré que mi padre me reconocería, que un día me llamaría hijo, sin importar el tiempo que fuera necesario. La decisión fue más firme cuando visité Kuimar. La primera vez fui de turista, después para comprar o vender caballos. Rápidamente, lo consideré mi hogar, como si nunca hubiera vivido en otra parte.

Amir levantó los hombros y los dejó caer con resignación sin apartar los ojos del fuego, como si allí pudiera ver imágenes de su país y de su vida.

—Me enamoré de mi país y ahora paso allí todo el tiempo que puedo.

—Y ahora tienes que volver con tu padre para estar a su lado.

Él no respondió inmediatamente por lo que ella supo que había algo más.

El corazón se le encogió. ¿Qué podía ser? Aparte de que era un príncipe heredero. Aparte de que su corazón pertenecía a aquel país.

—Ésa es una razón.

—¿Sólo una razón? ¿Cuáles son las otras?

¿Por qué tenía que hacerle aquellas preguntas? ¿No podía

dejarlo ya? Casi había agotado el tiempo que habían acordado, ¿realmente quería complicar las cosas ahora, cuando pronto nada importaría?

—¿Amir...? —insistió ella después de un largo silencio.

—Lydia, no me lo preguntes.

Estuvo a punto de ceder porque, de repente, intuyó que lo que le iba a decir arruinaría el resto del tiempo que les quedaba. Pero no podía quedarse así, necesitaba saberlo.

—¿Tan terrible es, Amir? Cuéntamelo.

—Tú lo has preguntado —suspiró él y su tono sonó pesado, sin vida—. Tengo que volver para casarme. Mi futura esposa me está esperando.

11

Aquella fue una de las noches más largas de su vida.

Si antes a Lydia le había resultado difícil dormir, ahora le pareció imposible. Permaneció despierta, mirando al techo, sin ver nada, mientras las palabras de Amir resonaban una y otra vez en su mente.

«Tengo que volver para casarme. Mi futura esposa me está esperando».

Si alguien le hubiera dicho que el hombre del que se iba a enamorar perdidamente iba a pronunciar aquellas palabras, ella se habría imaginado que le gritaría. Quizá, incluso habría pensado que le daría una bofetada o que le habría golpeado preguntándole por qué la trataba de. aquella forma tan horrible.

Pero no había hecho nada de todo aquello.

El orgullo había llegado en su ayuda y le había concedido la dignidad que su alma no poseía. Por dentro estaba gritando y llorando, pero su aspecto externo no había revelado nada de su angustia.

Se había levantado, con la cabeza muy alta, y lo había mirado a los ojos con una fuerza que no sabía que poseía.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? —preguntó con voz dura y fría.

—Nunca.

Aquella palabra casi destroza su fortaleza. A ciegas, buscó el apoyo del respaldo de una silla y lo apretó con desesperación.

—¿Nunca?

Los ojos oscuros estaban sin expresión, opacos.

—No era relevante para nuestra relación.

—¡No era relevante! —repitió ella con una mezcla de furia y dolor—. ¿Crees que el hecho de que estés comprometido con otra mujer, que te vayas a casar, no tiene nada que ver con nosotros?

«¡Qué error, Lydia! Sabes perfectamente que no existe un nosotros. Te dijo desde el principio que tres días era todo lo que tenías. Sabes que emocionalmente esto no significa nada para él».

Y si necesitaba una confirmación, entonces, su sonrisa fría se lo confirmó.

—Mi relación con mi futura esposa es algo entre ella y yo. Sólo. No tiene nada que ver con esta situación.

—Excepto que ella es el motivo por el que sólo dispones de tres días para estar conmigo. Me imagino que ibas a su lado cuando la nieve impidió nuestros vuelos.

—Allí era donde iba.

Frías y cortantes. Sus palabras se clavaron como cuchillos, deshaciendo todas sus estúpidas esperanzas.

—Y ya estarías felizmente casado, disfrutando de la luna de miel en alguno de los palacios de tu padre.

—No exactamente. Una boda real dura una semana.

Amir deseó encontrar una manera para manejar mejor aquella situación; pero se había quedado totalmente en blanco. Sólo podía pensar en lo pálida y quieta que se había quedado, en la oscuridad de su mirada.

Quería alargar los brazos y rodearla con fuerza. Deseaba besarla hasta que desapareciera esa mirada cenicienta y asegurarle que no era como ella pensaba; pero no era el mejor momento para aquello. Todavía no. Por eso, se atuvo a la realidad de los hechos, aunque aquello empeorara las cosas por el momento.

—La ceremonia todavía no se habría llevado a cabo.

—Vaya. Cuánto me alegro.

Lydia no reconoció su propia voz. Le escupió las palabras a la cara con toda la amargura que albergaba su corazón.

—Seguro que eso debe dejar tu conciencia bien tranquila.

—¡Lydia, no seas estúpida! —exclamó él, levantando las manos en un gesto de exasperación total—. Nunca te mentí.

—¡Ah, no! Nunca me mentiste. Sólo omitiste unos cuantos hechos sin importancia. ¿No crees que habría sido más honesto contármelo todo?

—Desde el principio, sabías lo que tenías.

Y lo que tenía era exactamente nada. Ella sólo había sido un entretenimiento pasajero. Alguien con quien pasar la espera.

Amir bajó la cabeza y miró su cara cenicienta. Sus ojos brillaban con frialdad y mostraban su alejamiento de ella.

—Conocías muy bien la situación. Te dije que no podía ofrecerte más de tres días y tú aceptaste.

¡Pero no le había dicho toda la verdad! Y ella, como una idiota, había pensado que, con un poco de tiempo, podía cambiar la situación para mejor. Incluso se había atrevido a soñar que podía hacerlo cambiar de opinión, que podía conseguir que la amara.

No podía haber estado más equivocada.

Él no tenía amor para darle a ella; ya lo tenía comprometido con otra mujer.

Tenía que largarse de allí. No podía quedarse en aquella habitación ni un segundo más. No hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que lo amaba. Ahora, no sabía si lo amaba o lo odiaba. Sólo sabía que no podía mirarlo a la cara y mantener la compostura. Si no escapaba de allí se vendría abajo y correría el riesgo de confesarle sus sentimientos.

—Me voy a la cama —dijo con frialdad—. Sola —añadió cuando él se volvió hacia la puerta.

Se vendría abajo si la acompañaba. Si la tocaba o intentaba besarla.

Amir no hizo ningún movimiento. Solamente asintió.

—Voy a mi... mi habitación. Me prometiste que era sólo para mí; espero que lo respetes.

—Por supuesto.

Tenía la cara como esculpida en mármol, con la mirada tan vacía como la de una escultura. La postura no podía haber sido más distante. Lydia recordó la expresión totalmente diferente de su rostro cuando le hizo aquella promesa.

Uno de los pasos de la revista indicaba que ella le invitaba a tomar café a su casa; pero ella no tenía casa a la que invitarlo. Entonces él, con el rostro iluminado, se la llevó a la planta de arriba y la condujo a una habitación enorme, elegantemente decorada.

—Aquí tienes —dijo mostrándole el lugar—. Es todo para ti.

Era más que una habitación, descubrió Lydia. Se trataba de todo un apartamento. Tenía una pequeña sala de estar y un baño completo con un cambiador repleto de toda la ropa que había comprado para ella.

—Este lugar es sólo para ti. Te prometo que yo no entraré a menos que tú me invites. Es sólo tuyo y puedes hacer lo que quieras.

Luego, mientras ella seguía mirándolo todo maravillada, él se acercó y la rodeó con sus brazos.

—Así que ahora... —susurró mientras sus ojos negros ardían de pasión—. Ya puedes invitarme.

Por supuesto, a parte de aquella noche no había vuelto a utilizar la habitación.

Pero esa noche, Lydia vio el dormitorio como un santuario en el que cobijarse.

No podía seguir con Amir ni un minuto más después de saber cómo la había engañado. Así que, con los ojos llenos de lágrimas, se dirigió a su refugio. Cerró la puerta de un golpe y se apoyó contra ella, con miedo de que Amir rompiera su promesa y fuera por ella.

Por supuesto, no lo hizo.

Unos minutos más tarde, oyó sus pisadas y se puso en tensión; pero pronto se dio cuenta de que los pasos se dirigían en sentido contrario, hacia su propia habitación.

Sólo entonces, mientras se dejaba caer en el extremo de la cama, Lydia dejó salir toda la desesperación que le oprimía el corazón.

Había sido una de las noches más largas de su vida, se dijo Amir camino a la habitación de Lydia por la mañana. No había conseguido dormir, sabiendo que se había portado como un cerdo. Echándola de menos. Pensando cómo podía arreglar las cosas.

Sólo había una manera, por supuesto. Y ésa era contarle toda la historia y dejar que ella, a partir de ahí, tomara sus propias decisiones.

Eso era lo más aterrador; dejar que ella decidiera. Nunca le había dado a una mujer tanto poder. En realidad, siempre había hecho las cosas a su manera.

¿Entonces, por qué iba a dejar que ella decidiera ahora? ¿Qué era diferente? Todavía no lo sabía; pero sí sabía que dejarla marcharse al otro cuarto había sido una de las cosas más difíciles de su vida.

—¿Lydia? ¿Estás despierta?

Silencio.

Quizá aún estaba dormida.

Pero esa explicación no lo convenció.

—Lydia, tenemos que hablar.

Todavía no obtuvo respuesta; pero ya sabía que podía ser muy terca.

Con una sonrisa recordó el día que la conoció cuando tuvo que fingir que se marchaba para que le hiciera un poco de caso y lo dejara sentarse a su lado.

Aunque él nunca se habría marchado. Ya entonces había estado tan hechizado que ni siquiera sabía qué hacer. Desde el primer momento que había entrado en la sala de espera, lo había atrapado de tal manera que no podía pensar ni actuar con coherencia.

Aún seguía sin conseguirlo.

—¡Lydia! Sé que me estás escuchando. Abre esa maldita puerta.

Eso era una locura. Si tenía algo de cordura, lo mejor sería que se marchara, que dejara las cosas como estaban.

Sólo tenía que marcharse y todo volvería a ser como hacía tres días. Él tenía su vida planeada, su futuro muy claro. Desde el

principio, Lydia se le había metido bajo la piel; pero sus tres días casi habían terminado.

—De acuerdo. Sé que estás despierta y que me estás escuchando. Si no quieres hablar es tu decisión. Voy a la cocina a tomarme un café... si quieres venir conmigo, bien... si no...

Si no, no esperaría más. Saldría de allí sin mirar atrás. Si ella quería terminar así, a él no le importaba. Volvería a su vida y volvería a tomar las riendas.

Eso le parecía muy bien.

Entonces, ¿por qué estaba llenando dos tazas de café? ¿Por qué estaba calentando leche para Lydia?

Sólo iba a intentar que entrara en razón. Iba a intentar que hablara, pensó mientras se dirigía hacia las escaleras.

Cuando tenía el pie sobre el primer escalón sonó el teléfono, alto y estridente.

Lydia oyó el teléfono tras la puerta. Aunque no pudo oír la voz de Amir, sabía que lo había contestado. Eso significaba que no iba a volver, al menos, no por el momento.

Pero sabía que volvería. Antes había sonado frío y convencido; seguro que no pensaba renunciar sin una buena pelea.

Le había dicho que tenían que hablar y ella lo sabía. Pero no podía enfrentarse a él, no sabía qué decirle. Por eso se había escondido detrás de la puerta.

Volvería en cualquier momento. Una vez hubiera colgado el teléfono se dirigiría hacia su habitación.

Pero los minutos pasaban y él no llegaba.

¿Iba a volver? ¿O se estaba engañando a ella misma y a él no le importaba? Después de todo, sus tres días casi habían acabado. ¿Pensaría que las últimas horas merecían el esfuerzo de una pelea?

Llegó un momento que no pudo esperar más. Estaba claro que no iba a volver y ella no podía quedarse en la habitación todo el día. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a él... mejor temprano que tarde. Se puso sus vaqueros con rapidez, no le apetecía llevar nada de lo que él le había comprado, y salió al pasillo.

—¿Amir?

El silencio de la casa era opresivo. Lo buscó por todas las habitaciones, pero parecía haber desaparecido. ¿Se habría marchado? Desde luego, la lluvia estaba cayendo a raudales y eso derretiría toda al nieve.

¿Qué iba a hacer ahora? Sólo podía esperar por lo que decidió ir a prepararse una taza de café.

En la mesa seguía la revista que Lydia había llevado y empezó a ojearla mientras el agua hervía. De repente, una cara familiar llamó su atención y se quedó petrificada al reconocerla.

Se trataba de una fotografía de Amir, alto y arrogante, montado sobre un pura sangre árabe.

El soltero de oro. El jeque Amir bin Khalid Al Zaman de madre inglesa, fue educado en Inglaterra; sin embargo, en el corazón, este atractivo príncipe heredero a la corona de Kuimar es un verdadero hijo del desierto.

Lydia apenas podía seguir leyendo. Tenía los ojos llenos de unas amargas lágrimas que le nublaban la visión por lo que tuvo que pestañear con fuerza. Sólo podía leer frases sueltas, pero todas añadían más amargura a su dolido corazón.

«Amarlas y dejarlas» parece su filosofía en lo concerniente a las mujeres. Ninguna mujer, por muy hermosa que sea, ha logrado cautivar su corazón más allá de unos meses... Pero cuando el final llega, este príncipe del desierto sabe cómo endulzar la ruptura. Siempre ha regalado a sus amantes joyas valiosas que, aunque no sirvan para reparar un corazón roto, suponen un agradable detalle de despedida.

Lydia no pudo continuar leyendo más. Tiró la revista sobre la mesa y apagó el fuego; ya no le apetecía tomar nada.

Cuando salía de la cocina, el teléfono volvió a sonar. De manera automática, Lydia fue a contestarlo, pero se paró cuando saltó el contestador.

En la mesa del teléfono estaba la página que Amir había arrancado de la revista. ¿Sólo habían pasado dos días? Lydia la miró, perdiéndose el principio del mensaje.

—... nos dijo que le avisáramos cuando los vuelos se reanudaran... —dijo una voz al contestador—. Las pistas ya están listas y esperamos recuperar el servicio normal a la mayor brevedad...

Así que eso era todo, pensó Lydia con tristeza. Los tres días se habían acabado, incluso antes de lo que Amir había planeado.

El mensaje se acabó; pero ella apenas se dio cuenta del silencio. Lentamente, pasó el dedo por la página mirando a las etapas a las que habían puesto una cruz.

—Primera cita, café... —susurró, recordando con amargura—.

Primer beso... se van a la cama por primera vez...

Casi todos los párrafos estaban marcados. Sólo quedaban los últimos de la lista. Sólo el número veinticuatro y...

Veinticuatro.

«El dinero es una insignificancia y lo vas a necesitar para el paso veinticuatro», le había dicho Amir en la tienda de ropa. Todavía se acordaba de la expresión de la vendedora.

¿Cuál era el veinticuatro?

Te lleva a un lugar especial; tal vez, al mejor restaurante de la ciudad. Quizá tenga una proposición especial que hacerte. O quizá ésa sea la manera de dejarte con amabilidad.

—Nunca —dijo Lydia en voz alta; apartando la hoja de su vista.

En aquel momento, vio otra cosa.

Una nota, se percató con el corazón en un puño. Sólo podía ser de Amir; aquel trazo firme y lleno de confianza no podía ser de otra persona.

Querida Lydia:

He tenido que salir. Lo siento mucho; pero es muy importante. Sé que te prometí tres días así que volveré esta noche. Saldremos. A donde tú quieras. Ponte el vestido azul, el que te compré para esta ocasión, y celebraremos la última cena de esta relación de tres días que nunca olvidarás.

Ni siquiera se había molestado en firmarla, pensó con tristeza. No había hecho falta. A ninguna otra persona se le hubiera ocurrido escribir una orden así, con la seguridad de que la cumpliría.

—¡Oh, Amir!

Su nombre sonó como un lamento en los labios de ella.

No sabía si lo que sentía era agonía o furia. Sólo sabía que sentía que el corazón se le estaba haciendo pedazos.

En ese momento, se dio cuenta de que en la mesa había una caja grande, de color turquesa, con el nombre de la joyería más exclusiva de Londres.

«Pero cuando el final llega, este príncipe del desierto sabe cómo endulzar la ruptura», recordó lo que acababa de leer en la revista. «Siempre ha regalado a sus amantes joyas valiosas que, aunque no sirvan para reparar un corazón roto, suponen un agradable detalle de despedida».

¿En serio iba a esperar a que Amir la llevara a cenar y se

despidiera de ella con una joya? ¿Igual que había hecho con todas las demás?

Quizá, en algún momento, Lydia hubiera soñado que Amir podía llegar a amarla, pero ahora vio que su sueño era un espejismo. Esa noche el «idilio de su vida», como él lo había llamado, había llegado al final. Esa noche, la recompensaría por los servicios prestados y se marcharía sin mirar atrás.

¡No!

Ella tenía un poco de orgullo.

Los del aeropuerto habían dicho que ya estaba todo listo para que los aviones empezaran a despegar. Con un poco de suerte, podría tomar un avión antes de que él regresara.

Tomaría la iniciativa. Era lo único que podía hacer por sí misma, la única manera de preservar algo de dignidad. Era mejor cortar por lo sano que extender la relación hasta que el dolor fuera insoportable.

Agarró un bolígrafo y un trozo de papel y llamó al aeropuerto.

—Señorita Ashton, el director quiere hablar con usted.

Lydia se tensó con aprensión.

Quizá algún día, podría acudir a las llamadas del director sin reaccionar así, pensó mientras se dirigía hacia dirección. Algún día, tendría que ser capaz de realizar su trabajo sin tener que mirar constantemente a todos lados, preguntándose cuándo iba a aparecer Amir. Pero ya no tendría que esperar mucho.

Por un caprichoso designio del destino, su primer puesto de trabajo se lo habían dado en Hafit, la capital de Kuimar. Ella hubiera preferido cualquier otro sitio; pero como era su primer puesto, no podía decir que no. Ahora, llevaba allí tres días.

—¡Adelante!

La voz que respondió a su llamada en la puerta sonó opaca por la madera y ningún sexto sentido la advirtió. Pero en cuanto entró en la oficina y vio a la figura alta junto a la ventana, supo que tenía problemas.

Estaba de espaldas a ella e iba vestido con ropa árabe y un turbante, pero ella lo reconoció inmediatamente. Cada uno de sus sentidos se puso alerta, diciéndole quién era el que estaba en la habitación con ella.

¡Amir!

Se volvió lentamente.

Le parecía imposible que hubiera olvidado el impacto de aquella altura imponente, de aquellos magníficos rasgos. Cómo era posible que sólo seis semanas de ausencia hubieran emborronado su memoria y apagado el brillo de aquellos ojos negros, el tono bronceado de su piel, la línea dura de su mandíbula...

Podría haber dicho que el tiempo había sido piadoso por ella; pero eso significaba que ahora estaba totalmente expuesta a su devastadora belleza.

—Buenas tardes, Lydia.

El saludo fue acompañado de una leve inclinación de cabeza, demasiado leve para significar algo más que condescendencia, demasiado condescendiente para no ser sarcástica. La ropa occidental que Amir solía usar en Londres había desaparecido por completo. Allí, en su tierra natal, era un jeque árabe de los pies a la cabeza.

—Me alegro de verte de nuevo.

Amir tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz sonara normal. Su cabeza parecía dividirse en dos. Una mitad estaba encantada de verla de nuevo, la otra llena de furia por la forma en que se marchó. No sabía si el latido que sentía en la sien era la consecuencia de su respuesta al atractivo sexual de aquella preciosa cara y de las largas y esbeltas líneas de su cuerpo o de una furia amarga que amenazaba con escapársele de las manos.

—Te he echado de menos.

—Perdona, pero no puedo decir lo mismo —soltó Lydia—. De hecho, sería mucho más feliz si nunca te hubiera visto. No quería venir a Kuimar, pero no tuve elección.

—No, no la tuviste.

Algo en la voz de Amir y en la ligera sonrisa de sus labios la hizo sospechar.

—¿Qué significa eso?

—Querida Lydia, sólo estaba dándote la razón. La elección no fue tuya.

—¿De quién fue, exactamente? —preguntó irritada.

—Pues mía, por supuesto.

Esa vez su sonrisa era realmente maliciosa.

—¿Tuya? ¿Qué tienes tú que ver con esto?

—Kuimar no es un país que dé trabajo a las mujeres solteras de otros países. Antes de cubrir las vacantes de este hotel en particular, el gerente y los directores del grupo Halgrave tienen que enviar una lista con los posibles candidatos entre los que yo, el príncipe heredero, elijo. Primero sugerí que tu nombre estuviera en la lista, luego, por supuesto, lo elegí.

—¡Por supuesto! Pero, ¿por qué me quieres tener aquí en tu país después de lo que pasó entre nosotros? Siempre habría pensado que te alegrarías de que desapareciera de tu vista.

—No podrías estar más equivocada.

Lydia estaba empezando a odiar aquella sonrisa. Si una cobra pudiera sonreír, seguro que tenía la misma expresión. Era a la vez odiosa y peligrosa, una amenaza y una advertencia. No había nada agradable en ella.

—Desde que te marchaste sin decir nada hace seis semanas, he removido cielos y tierra para encontrarte.

—¿Por qué?

—Tenemos asuntos pendientes. Por ejemplo una aventura de tres días que no terminó. Promesas incumplidas. Ciertos «pasos» que no se dieron... Nuestra relación no se acabó como yo había

planeado.

—Acabó como yo quise —contestó ella caminando hacia él—. Estoy muy contenta del resultado final.

«¡Mentirosa!», le reprochó su conciencia con amargura. «Si estuvieras contenta no habrías derramado tantas lágrimas sobre la almohada. Y no te dolería tanto el corazón. Y no habrías temido tanto esa visita».

—Pero yo no —declaró él con frialdad—. Y pienso cambiar eso. Tengo planes para la última noche.

—¿Cómo es posible? Déjame decirte, Alteza Real, que tengo algo de moral y que nunca salgo con hombres casados.

—Yo no estoy casado.

—Quizá todavía no; pero tampoco salgo con hombres comprometidos.

—Tampoco estoy comprometido.

—¿Cómo que no? Me dijiste que tenías que venir a Kuimar porque tu futura esposa te estaba esperando. Ya debes estar casado. No me tomes por tonta, Amir; quitarse un anillo es algo muy fácil.

—Si te lo juro por mi honor, ¿me creerías?

Lydia le dedicó una mirada fulminante.

—¿Qué honor, Amir?

—Lydia, créeme. No estoy casado y no estoy comprometido.

Desde luego, parecía sincero. Por un momento estuvo tentada de creer en él, pero era un riesgo que no pensaba correr.

—¡No me lo creo!

—Pues créetelo —insistió él con dureza—. Porque es verdad. No estoy casado. Y no creo que me case a menos que las cosas cambien drásticamente.

—Pero... ¿qué sucedió?

Los ojos negros de él se clavaron en el azul de ella, haciéndola temer que pudiera leer sus pensamientos y que pudiera ver la alegría que sintió al saber que todavía era libre.

—Tú —dijo él.

—¿Yo? Pero qué...

—El matrimonio era parte del plan de mi padre para mí. Se trataba de un matrimonio acordado. Él había elegido a la novia. Una novia con un carácter y una educación perfectos para desempeñar el papel de futura reina de Kuimar. Yo ni siquiera la conocía.

No debería sentirse tan aliviada, se dijo Lydia. Eso no significaba que ella le hubiera importado lo más mínimo. Pero saber que su novia no había sido su elección calmó un poco el dolor persistente

que le oprimía el corazón.

—¿Y aun así te habrías casado con ella?

—¿Por qué no? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—¡Porque no la querías!

—Los árabes no le damos tanta importancia al amor. Nunca había estado tan enamorado de alguien que quisiera comprometerme. Nunca había conocido a nadie que me costara dejar al final.

Bueno, ¡eso la colocaba en su lugar! Ya lo sabía; pero, de alguna manera, le dolió oírselo decir a él.

—El amor no forma parte de un matrimonio de conveniencia. Si la pareja tiene suerte, éste llega después, pero no es un requisito previo.

—Pero el carácter y la educación sí lo son.

—Carácter, educación y la aprobación de mi padre.

—Por supuesto.

Se había olvidado de eso; de lo que le daba a su novia ventaja sobre todas las demás. Que ella podía ayudarlo con lo que más quería en el mundo: el reino de su padre.

—Pero ahora nada importa porque la boda no se va a celebrar.

—No me has explicado el motivo.

«No tengas esperanzas», se advirtió en silencio. «Ni te atrevas a soñar que ha sido por ti».

—¿El motivo? —preguntó Amir y se sacó un trozo de papel de un bolsillo—. Éste es el motivo.

Lydia miró al papel totalmente desconcertada. Se trataba de una hoja de periódico con una fotografía de ellos dos. Había sido tomada en el restaurante donde pararon a comer el día de las compras. Tenían las cabezas muy juntas y ella lo estaba mirando sonriente.

Cualquiera podía darse cuenta de los sentimientos de ella hacia él, pensó Lydia con aprensión.

—¿Quién la hizo?

—Cualquier periodista con nada mejor que hacer. Pero eso no es lo importante. Lo que de verdad importa es que Aisha la vio, mi padre la vio y la boda se canceló. Ésa es la razón por la que estás aquí.

—¿Yo? —preguntó ella asustada—. Yo estoy aquí por trabajo.

—¿De verdad crees que me tomé tantas molestias para que trabajaras en un hotel? No, querida Lydia. Tengo otros planes para ti.

A ella no le gustó nada cómo sonó aquella afirmación.

Y ¿cuándo se había movido? De repente, lo tenía delante de ella. Cuando ella fue a girarse, él la sujetó.

—No tienes derecho a hacer ningún tipo de planes para mí…

Su voz se estranguló cuando lo vio menear la cabeza.

—Tengo todo el derecho del mundo. Mi padre pensaba que no sólo estaba ganando un hijo sino toda una dinastía. Herederos para su trono. Por eso arregló ese matrimonio. El matrimonio que se ha cancelado por tu culpa.

—¡Por la tuya! —replicó Lydia, echando la cabeza hacia atrás—. ¡Tú fuiste el que me sedujo!

—Nos sedujimos el uno al otro, cariño —la corrigió Amir, inyectando su tono con una dulce amenaza—. Y esta fotografía es buena prueba de ello.

Desde luego, no podía negarlo, pensó Lydia, sintiéndose fatal mientras miraba a la fotografía y a las manos unidas sobre la mesa, el hombre totalmente concentrado en la mujer y a la inversa.

con las cabezas tan juntas que casi se estaban tocando.

—Mi padre todavía quiere esos herederos. Quiere tener nietos.

Lydia levantó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—Como tú fuiste la culpable de que la mujer que él había elegido se marchara, tú debes reemplazarla.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Lo siento, pero no puedes obligarme a hacer eso.

—Soy el príncipe heredero al trono —declaró con arrogancia—. Puedo hacer lo que me venga en gana.

—Pero no conmigo. Yo no vine aquí para estar contigo, vine a trabajar.

—Para trabajar aquí necesitas un permiso de la familia real.

—Me marcharé.

—Para marcharte también necesitas un permiso de la familia real.

—Llamaré a la embajada…

De nuevo aquella sonrisa de serpiente que destrozaba la poca compostura que le quedaba.

—¡Sabes que no puedes hacer esto! ¡No puedes forzarme a un matrimonio que no quiero!

—Tu boca dice que no quieres… —murmuró Amir levantando una mano para acariciarle la cara.

Lydia cerró los ojos sin darse cuenta, disfrutando de la caricia.

—… pero tu cuerpo dice que sí.

Lydia abrió la boca para decir algo, pero él acalló las palabras

con un beso y ella, instantáneamente, supo que estaba perdida.

Su cabeza comenzó a flotar. Quería más y más y con cada movimiento de su cuerpo, con cada gemido que escapaba de su boca, estaba animándolo a que la besara más. Sus manos empezaron a recorrer su cuerpo con avidez, despertando un infierno donde quiera que se posara. Ella introdujo sus manos en el pelo y lo apretó contra ella para prolongar el beso. Y durante todo el tiempo, fue dolorosamente consciente de la fuerza potente de su erección contra su pelvis.

—¡Ya basta! —dijo él con un suspiro, separándose de ella de manera repentina—. Éste no es el lugar apropiado. Prefiero hacerte el amor en mi habitación.

—Pareces muy seguro de ti mismo —dijo, aún temblorosa.

—No, habibti —murmuró él con suavidad—. Estoy seguro de ti.

No se atrevió a pensar que tenía razón por miedo a que le leyera el pensamiento. ¿De verdad podía rechazar la oferta de matrimonio del hombre al que amaba con desesperación aunque él no la quisiera?

—¿Así que por tu reino eres capaz de casarte con una mujer a la que no quieres?

—Estuve preparado una vez. Y lo haré encantado otra vez.

Si ella supiera, pensó Amir. Si ella supiera lo encantado que estaría. Y por razones que no tenían nada que ver con el reino ni con su padre.

Las seis semanas que había pasado sin ella había vivido a medias. Había sido incapaz de disfrutar de nada, casi había perdido el gusto por la vida. Pero, ahora, después de una hora en su compañía, su cuerpo volvía a vibrar con una carga eléctrica que lo hacía estar más animado, más despierto que nunca.

—Y cuando la mujer en cuestión es tan guapa y tan deseable como tú, no significará ningún sacrificio. Para tenerte a mi lado sería capaz de vender mi alma.

Lydia volvió a mirar la fotografía. Hacía unos minutos había estado horrorizada porque mostraba sus sentimientos, pero ahora le parecía que Amir parecía sentir lo mismo. ¿Estaría sufriendo alucinaciones?

—¿Qué me contestas? —preguntó Amir, sin más contemplaciones.

Si él la quería, realmente lo sabía ocultar muy bien. Pero cómo podría ella averiguarlo si no se arriesgaba.

—Me prometiste tres días y tres noches. Me prometiste el idilio de mi vida y no lo cumpliste. Quiero que vuelvas a empezar desde

el principio, Amir. Pero esta vez aquí, en tu país. Enséñamelo. Muéstrame por qué crees que merece la pena vender tu alma por él. Cuando los tres días acaben te daré mi respuesta.

De nuevo volvía a tener tres días. Pero no iba a necesitar agotar las setenta y dos horas para tomar una decisión. Ya sabía cuál sería su respuesta porque conocía sus sentimientos.

Pero no sabía lo que él tenía en mente.

Ella estaba perdidamente enamorada. Él era tan importante para ella como el aire que respiraba. Las semanas que habían pasado distanciados le habían enseñado que no podía vivir sin él.

Y cuando el primer día llegó a su fin, supo que también se había enamorado de Kuimar.

—Nunca voy a tener que ponerme perfume de nuevo —exclamó cuando se quedaron solos después de conocer a las mujeres de su familia—. Tengo la ropa impregnada de incienso.

Amir sonrió sin apartar los ojos de ella. En realidad, no había podido dejar de mirarla en todo el día. Era como si fuera un brillante raro y glorioso que brillaba con cada gesto, con cada risa, con cada movimiento. Su voz sonaba como el murmullo de un arroyo, limpiando la confusión del pasado y rellenando los espacios vacíos de su interior.

—Lo queman para dar la bienvenida. Si te pareció que el ambiente estaba perfumado, ya verás cuando vayamos al mercado de especias.

—También quiero ir al mercado de joyas y al de sedas...

—Para eso no hace falta ir al mercado —le explicó Amir, tumbándose en la cama enorme y lujosa—. Puedo hacer que te traigan al palacio cualquier cosa que desees.

Si lo dejaba, él realizaría todos sus sueños.

Si lo dejaba, ése era el problema.

Sabía que no podría mantenerla cautiva; pero no importaba. Ella le había prometido tres días y él haría todo lo que estuviera en su mano para hacer que se quedara.

—Sólo tendrías que decirlo. Como esposa...

—¡Todavía no soy tu esposa, Amir! Podría decirte que no.

—Sí, podrías —asintió él, lentamente—, Pero ¿después de hoy querrías decir que no?

—¿Después de hoy...? —preguntó Lydia sin entender muy bien —. Ah, ¿quieres decir ahora que ya he visto el palacio y los lujos con los que vives? ¿Crees que me casaría contigo por eso?

—Muchas mujeres lo harían.

—¿No crees que si me importara el dinero me habría llevado todo lo que me compraste en Londres?

Él arrugó la frente. Se había tomado como un insulto que hubiera rechazado sus regalos; pero no lo iba a admitir ante ella. Tampoco iba a admitir el sentimiento de pérdida que lo había invadido cuando vio que había desaparecido.

—He mandado que te lo envíen todo aquí.

—¿Ah, sí? Pero la ropa no va a influir en mi decisión, Amir. Para mí lo único que importa es el amor.

Él vio que su táctica no estaba dando resultado por lo que intentó cambiar de argumento.

—¿No te gustaría ser la reina de este país algún día?

—La verdad es que no había pensado en eso... Por cierto, ¿cuándo voy a conocer a tu padre?

—Ahora está en el palacio de las montañas. Quizá cuando vuelva...

—¿Quizá? —los ojos azules de Lydia brillaron con indignación—. ¿Qué significa esto, Amir? ¿Acaso no soy digna de conocer a tu padre?

—¡No seas tonta! Como mi futura esposa eres digna de conocer a cualquiera. Es que...

Que si se lo presentaba ahora, antes de que hubiera aceptado, su padre podía dejar escapar la verdadera razón por la que no se había casado con Aisha.

—¿Es que qué?

—Que por ahora, te quiero toda para mí —dijo alargando una mano—. Ven aquí.

El tono imperioso hizo que ella se tensara y él lo notó.

—Por favor... —añadió con amabilidad e, inmediatamente, toda su resistencia se esfumó.

Lydia tomó la mano de Amir y él la atrajo hacia la cama.

—También te voy a enseñar el desierto, habibti —murmuró en sus labios—. Quizá parezca seco y estéril, pero no está vacío ni muerto y puede ser muy hermoso.

Su tono la acarició mientras sus manos le quitaban el vestido.

—Las dunas pueden ser tan suaves y sinuosas como las curvas de tu cuerpo e igual de cálidas.

Cuando sólo le quedaba la ropa interior, Amir se centró en el pelo. Lydia lo llevaba recogido en un moño por el calor y él le quitó las horquillas y lo peinó con los dedos.

—Estás demasiado tensa, cariño —dijo él, de repente.

—Demasiado café —se disculpó Lidia.

No quería que él sospechara la verdadera razón de su tensión. En su interior se estaba desarrollando una pequeña batalla entre sus sentidos enervados y las demandas de autodefensa de su conciencia.

Una parte ya se había rendido a sus caricias, al dulce hormigueo que iba invadiendo su piel. La otra, le advertía con desesperación que no se entregara. ¿Cómo podría decirle que no se casaba con él si decía que sí ahora?

—Tenías que haberme advertido de que si no quería más café sólo tenía que poner mi taza boca abajo. ¡Y esos pasteles! Te juro que todavía siento la miel en los labios.

Jugueteando, le pasó a Amir un dedo por la boca, siguiendo el trazo firme de su labios.

—Tú todavía tienes un poco —le dijo mirándolo a los ojos.

La llama del deseo que vio en ellos le dijo todo lo que necesitaba saber.

Se tumbó sobre él y con suavidad deliberada reemplazó el dedo por la lengua. Escuchó el suave suspiro de rendición de él y lo besó con pasión.

Sus sentidos habían ganado la batalla, pensó ella con el cuerpo ardiente de deseo.

Ése fue su último pensamiento racional porque, entonces, Amir se deshizo de la ropa que les quedaba y la visión de su fiera desnudez, poderosamente encendida, bloqueó su mente.

Lydia emitió un suspiro ahogado cuando la subió encima de él y notó su fuerza dura y cálida presionando en el centro de su femineidad. Amir empujó con energía y, agarrándola por las caderas, la ayudó a moverse sobre su cuerpo.

—Nunca tengas miedo del desierto, cariño —le dijo con la voz ronca—. Yo cuidaré de ti. Siempre estarás a salvo conmigo.

A Lydia ya no le importó nada más.

Ya había esperado mucho tiempo, decidió Amir. Al menos, había esperado todo lo que podía.

De acuerdo, todavía no habían acabado los tres días, todavía quedaba una noche; pero ya no podía aguantar más.

No podía pasar ni una noche más sin dormir. Tumbado al lado de ella, oliendo su aroma, escuchando su respiración... preguntándose si habría decidido irse o quedarse.

Porque si había decidido marcharse, sabía que no podría detenerla. A pesar de todas sus amenazas, de todos su intentos por obligarla a quedarse, sabía que nunca lo haría. Entonces había estado desesperado; después de encontrarla no quería perderla.

Ahora era mucho peor.

Ahora, había admitido lo que ella significaba y sabía que si se marchaba se llevaría todo su ser con ella.

Tenía que conocer su respuesta, ya había esperado suficiente.

Lydia lo vio salir del baño con la cara seria. ¿Qué le había pasado al Amir sonriente de hacía unos minutos cuando compartían la ducha? ¿Qué le había hecho ponerse tan serio?

—Ya sé por qué amas tanto a este país —le dijo para intentar distraerlo de lo que le estaba preocupando—. El desierto es espectacular. Nunca había visto nada igual.

Intentó sonreír mientras hablaba, pero su sonrisa se desvaneció al encontrarse con la mirada fría y dura de él. Sin decirle ni una palabra, le agarró el peine que estaba utilizando para desenredarse el pelo recién lavado y comenzó a pasárselo con suavidad.

—¡Qué agradable!

Lydia dejó caer la cabeza hacia atrás y disfrutó de lo que él le estaba haciendo. Si lo dejaba, seguro que le decía qué era lo que le estaba preocupando.

—Creo que... ¡Ah!

Ella soltó una exclamación de sorpresa cuando Amir dejó lo que estaba haciendo y sujetándola fuerte por los hombros le dio la vuelta.

—¿Qué pasa? ¿Qué...?

—¿Que qué pasa? Que todo está mal.

—No... no te entiendo —preguntó ella sin saber a qué se refería.

—Pues que no somos ni una cosa ni la otra. No estamos teniendo

una aventura, ni nada.

—¿Y qué es lo que tú quieres?

—Lo sabes muy bien. Quiero que te cases conmigo.

—¿Que sea tu princesa y un día tu reina?

Él asintió con brusquedad. Si ésa era su razón para quedarse, él no iba a discutir. Sólo quería que se quedara, fuera cual fuera el motivo.

—¿Para darle a tu padre los herederos que quiere?

—Sí, maldita sea. Para lo que quieras. No puedo esperar más. Necesito que me des una respuesta.

—Una respuesta...

Lydia dudó. Sólo sabía que no podía encontrar las palabras.

Sabía que ese momento llegaría y que tendría que darle una contestación. Y ella sabía muy bien cuál sería. Sabía que no la amaba y deseaba estar a su lado.

Entonces, ¿por qué no podía decirlo?

—Lydia...

Su tono seco y áspero era una advertencia.

Lydia se acordó de su visita al desierto, de la aridez y la desolación y no quería que su vida fuera así. Él le había prometido que él cuidaría de ella y eso era lo único que deseaba.

—Mi respuesta es... sí.

—¡No!

Lydia no podía creer lo que acababa de oír. No era posible que hubiera dicho eso.

—¿Amir? He dicho que sí.

Pero él ya se estaba alejando de su lado.

—Amir, ¿qué pasa? Por favor, mírame.

Vio que los músculos de su espalda se tensaban, pero, aun así, no estaba preparada para la expresión de su rostro, el rechazo de su mirada.

—Amir, he dicho que sí.

—Y yo he dicho que no. He cambiado de opinión, Lydia. Esto no es lo que yo quiero.

—No te entiendo. ¿Qué estás intentando decirme?

—No estoy intentando decirte nada. ¿Quieres que te lo diga más claro? Se acabó. No quiero casarme contigo.

Al menos, no así. Había sido un loco al pensar que podría vivir así. Que podría conformarse con tan poco cuando quería tanto. Había deseado que sintiera algo por él, aunque sólo fuera el deseo que ardía entre ellos. Pero, ahora, eso también parecía haber desaparecido.

Podría haber aceptado cualquier cosa menos esa mirada asustada en sus ojos. Cuando lo miró así, algo murió en su interior. Sintió como si el corazón se le hubiera desgarrado.

No iba a tenerla a su lado si sentía de aquella manera.

—¿Amir?

No podía mirarla a los ojos por miedo a que ella viera lo cerca que estaba de venirse abajo. Lo único que podía hacer por ella era dejarla libre lo antes posible y si la miraba le destrozaría por completo. Por eso no la miró.

—Toda el asunto es un error. Una estupidez por mi parte. Podía haberlo tenido todo, pero ahora veo que no lo quiero. No quiero casarme contigo.

«Ahora veo que no lo quiero».

¿Podía haber dicho algo peor? ¿Algo más cruel y más doloroso para destruirla totalmente?

Si le hubiera arrancado la lengua, no lo habría hecho mejor para conseguir que ella se callara. Sólo podía permanecer en silencio mientras él agarraba su teléfono móvil y hacía una llamada.

—Ya está todo arreglado. Te puedes marchar esta noche.

—¡Esta noche!

Lydia meneó la cabeza incrédula. Aquello no podía estar sucediendo. Hacía un momento, se había imaginado el resto de su vida a su lado y, ahora, todo había cambiado.

—Pero no puedo... no tengo...

—Ahora hay alguien preparando tus maletas. Un coche vendrá a buscarte dentro de unos minutos y un avión estará esperando por ti en el aeropuerto.

—Entonces, ¿es esto una despedida?

¿Qué otra cosa podía decir? Una vocecita interior le estaba gritando que protestara, que se quejara, que luchara; pero, al abrir la boca, pensó que todo sería inútil.

—Sí. Adiós. Qué tengas buen viaje.

Sus ojos estaban tan huecos como su voz. Quizá la estuviera mirando, pero ella sabía que no la veía.

—Por favor, Amir. No hagas esto. No quiero marcharme.

Era su último intento.

—Yo no quiero que te quedes.

Ya no podía soportarlo más. Si tenía que irse, quería que se marchara inmediatamente. No podía resistirlo más.

—No hay motivo para prolongar esto más tiempo. Será mejor que acabemos cuanto antes.

Incluso le tendió la mano. Pero ella sabía que si lo tocaba se

vendría abajo y era mejor marcharse con dignidad.

—Adiós, Amir —dijo con tirantez ignorando su mano—. Ojalá pudiera decir que ha sido un placer conocerte —añadió y tuvo la satisfacción de verlo pestañear—. Espero que tu padre no se sienta muy decepcionado.

La sonrisa de Amir fue dura y fría.

—Seguro que lo entenderá. De hecho, probablemente ya tenga otra mujer preparada.

—Entonces, espero que seáis muy felices.

En aquel momento, uno de los sirvientes llamó a la puerta. Amir le abrió con una pregunta rápida y cortante. Evidentemente, la respuesta fue la apropiada porque Amir asintió y se volvió hacia Lydia.

—El coche está listo; Kahmal te acompañará.

Amir se giró y se alejó antes de que ella tuviera tiempo de decir nada más.

Una vez sola, Lydia no tuvo otra opción que seguir al hombre. Al llegar al vestíbulo, comprobó que las órdenes de Amir se habían cumplido a la perfección: un coche con todas su maletas estaba esperándola en la puerta del palacio.

El viaje al aeropuerto fue como una pesadilla. Viajó abrazada a su propio cuerpo para intentar calmar el dolor de su corazón y, aunque las lágrimas le atenazaban la garganta, se negó a llorar.

En el aeropuerto, la acompañaron directamente al jet privado sin tener que pasar por ninguna formalidad. Desde luego, Amir había deseado que se marchara lo antes posible y así estaba sucediendo.

Estaba sentada en su asiento, sintiéndose muy desgraciada, cuando oyó el motor del avión. De repente, inundada por la necesidad de tocar algo de Amir en esos últimos segundos, abrió el bolso.

La carta que le había escrito el último día en Londres era lo único que había guardado. Aunque el contenido era tan doloroso que nunca había podido volver a leerlo, era lo único personal que tenía.

Lydia abrió la carta por primera vez desde aquel día.

—Querida Lydia…

Las letras de su nombre se tornaron borrosas por las lágrimas.

Pero al apretar el papel con las dos manos se dio cuenta de algo que no había visto antes. ¡Había otra hoja pegada a la que había leído! La continuación de la nota.

Ponte el vestido azul, el que te compré para esta ocasión, y celebraremos la última cena de esta relación de tres días que nunca olvidarás.

Ésa era la última frase de la primera hoja. El punto donde pensaba que había terminado. Pero lo que leyó en ese momento hizo que el corazón le atenazara la garganta:

Pero antes de que la cena acabe, hay algo que quiero pedirte que pienses. Estos tres días han sido muy especiales para mí, Lydia. Tan especiales que no puedo imaginarme el resto de la vida sin ti. Sé que hay muchas cosas que tengo que explicarte; pero me gustaría que consideraras la posibilidad de convertir esta aventura de tres días en algo más permanente.

Te quiere,

Amir.

«Te quiere, Amir».

Lydia recordó aquellos terribles momentos que acababa de vivir con Amir y empezó a comprender. Recordó su mirada vacía y sin expresión y empezó a verla de manera diferente. La ira se volvió dolor y la frialdad, una agonizante contención.

—¡Espere!

El piloto no podía oírla; pero no le importaba. En un segundo, se deshizo del cinturón y corrió hacia la cabina.

Amir abrió la puerta de su habitación de un puntapié y se dejó caer en el primer sillón, sin ni siquiera molestarse en encender la luz. La oscuridad iba más con su talante.

Suponía que algún día se acostumbraría al sentimiento de pérdida y de vacío; pero sabía que le llevaría mucho tiempo. En ese mismo instante, no se podía imaginar cómo diablos se iba a enfrentar al siguiente amanecer sin ella.

Hacía horas que había desistido de descansar y había salido a cabalgar con la esperanza de que el cansancio lo ayudara a dormir. Pero no había funcionado. Su cuerpo estaba cansado, pero su mente se negaba a abandonar el recuerdo de Lydia.

Con un gemido, escondió la cara entre las manos pero, en ese mismo instante, oyó un rumor en el otro extremo de la habitación que le hizo levantar la cabeza.

—¿Quién hay ahí?

Se levantó y encendió la luz.

—¿Quién diablos eres tú?

La mujer estaba entre la cama y la pared. Era alta y delgada, eso era todo lo que podía ver porque llevaba todo el cuerpo cubierto por una túnica. También llevaba un velo que le cubría la cabeza y la mayor parte del rostro.

—¿Qué estas haciendo aquí?

—Pensé que se sentiría solo, Alteza —susurró una voz ronca, apagada por la tela.

—¿Solo? Puedes asegurarlo. Pero si piensas que ésta es tu oportunidad, olvídalo.

Ella caminó hacia él y a Amir le recordó a Lydia.

—¡No!

La palabra era más para parar los recuerdos que a la mujer.

—Mira. No quiero ser grosero, pero ¿te importaría marcharte? No tengo ganas de compañía femenina. Si te dijera que la mujer a la que amo acaba de marcharse de mi vida, quizá lo entiendas. Y no hay manera de que nadie rellene el hueco que ella ha dejado.

Bajo la túnica, el corazón de Lydia dio un vuelco. Cuando él encendió la luz ella se sorprendió del cambio tan drástico que se había producido en el rostro de Amir. Estaba pálido y bajo los ojos tenía unas grandes ojeras negras.

Si ella había necesitado otra prueba de la verdad de su declaración, allí estaba. Ninguna mujer en su sano juicio necesitaría nada más.

Se acercó más y entonces él vio sus ojos. ¿Estaría soñando? Ese azul profundo, limpio...

—¿Quién...?

—Oh, Amir. ¿No lo has adivinado?

Amir la miró con los ojos muy abiertos.

—Lydia... —su nombre fue un sonido ahogado—. Has vuelto.

—No podía marcharme —dijo ella con sencillez—. Mi corazón está aquí.

Y esa vez no hubo lugar para la duda. Esa vez, su sonrisa y la luz en su mirada le dijeron que no había temor ni dudas en su respuesta.

Él abrió los brazos y ella corrió hacia ellos sin dudarlo, sintiéndose, inmediatamente, en casa.

—¿Pero cómo es posible? Tenían órdenes muy precisas.

La sonrisa de Lydia era burlona.

Bueno, la futura esposa del príncipe le dio la orden de volver.

—¿La futura esposa...? ¿Es eso lo que de verdad eres?

—Si tú quieres.

—Cariño, no hay nada que desee más en este mundo. Desde la primera vez que te vi en el aeropuerto, no he querido nada más en la vida.

—Pero te ibas a casar con otra mujer…

—No. No podía. Le dije a mi padre que el matrimonio que había planeado no podía ser; le dije que tú eras la única mujer con la que me podía casar. También se lo dije a Aisha. Es una mujer encantadora y se merece algo mejor.

—¿Eso les dijiste cuando yo ya me había marchado?

—Sabía que iba a encontrarte.

—Nunca me habría ido si hubiera leído tu carta completa. Pensé que sólo había una página, no descubrí la segunda hasta que estaba en el avión.

La sonrisa de Amir creció y sus ojos se iluminaron con una sonrisa.

—Ya había llamado a mi padre para decirle que no podía seguir con el matrimonio. Pensé que te habrías imaginado que iba a pedirte en matrimonio. Eso y tu cumpleaños eran las únicas etapas que no habíamos cumplido. Por eso quería que llevaras ese traje. Pensaba sacarte y…

De repente, se separó de ella y le sujetó una mano.

—… e iba a ponerme de rodillas ante ti…

Con la mirada fija en ella, hincó una rodilla en el suelo.

—… e iba a decirte: Lydia, amor mío, me harías el hombre más feliz del mundo si aceptaras casarte conmigo.

—¡Oh, Amir! Sí. Por supuesto que sí.

El beso que siguió fue largo y apasionado. Tan intenso que los dejó sin respiración.

Lydia miró a Amir a los ojos y supo que su futuro estaba sellado y que nunca volvería a estar sola.

Y Amir la tomó en brazos y la tumbó en la cama. Se acomodó junto a ella y comenzó a desnudarla con una sola cosa en mente.

—Si eso era la ocasión especial, ¿qué tenías en mente para mi cumpleaños?

—¿No lo adivinas?

Amir hizo una pausa y vio el amor que había en los ojos de ella.

—Para celebrar tu cumpleaños, mi amor, íbamos a celebrar nuestra boda.

La sonrisa de Lydia lo dijo todo. No podía sentirse más feliz. No podía haber deseado ninguna otra cosa en el mundo.

—Perfecto —dijo con un suspiro—. Sencillamente, perfecto.

Y con eso se entregó a una pasión que sabía que duraría toda la vida.